



Trabajo Final de Grado

Monografía

***INCIDENCIA DE LOS VÍNCULOS PARENTALES
DISFUNCIONALES EN EL DESARROLLO
AFECTIVO/EMOCIONAL INFANTIL***

Santiago Mancini

4.980.0922-2

Tutora: Prof. Adj. Mag. Evelina Kahan

Revisor: Asist. Mag. Alfredo Parra

Universidad de la República

Facultad de Psicología

Abril 2024

- **Índice**

Índice	<i>Pág. 2</i>
Resumen	<i>Pág. 3</i>
Introducción	<i>Pág. 4</i>
Fundamentos teóricos	
I. Capítulo 1 – Familia	
1.1 - Concepto de familia	<i>Pág. 5</i>
1.2 - La familia como sistema	<i>Pág. 7</i>
1.3 - Concepto de vínculo	<i>Pág. 10</i>
II. Capítulo 2 - Vínculo de pareja	
2.1 - Dinámica de la pareja parental	<i>Pág. 13</i>
2.2 - Roles y responsabilidades en la pareja	<i>Pág. 15</i>
2.3 - Comunicación y resolución de conflictos en la pareja	<i>Pág. 17</i>
III. Capítulo 3 - Vínculos parentales y su impacto en el desarrollo infantil	
3.1 - Importancia de los vínculos parentales	<i>Pág. 20</i>
3.2 - Identificación e influencia de los vínculos parentales en la autoestima	<i>Pág. 25</i>
3.3 - Consecuencias de vínculos parentales disfuncionales	<i>Pág. 32</i>
3.4 - Estrategias para fomentar vínculos saludables y apoyo	<i>Pág. 36</i>
Reflexiones finales	<i>Pág. 38</i>
Referencias bibliográficas	<i>Pág. 41</i>

Resumen

La familia como contexto primario de socialización, se trata de un espacio donde los individuos experimentan el afecto, la seguridad y el apoyo emocional, así como la transmisión de valores y normas (Bronfenbrenner, 1987). Este entorno ha sido objeto de estudio y reflexión por parte de diversas disciplinas académicas, desde la sociología hasta la psicología y la pedagogía, reconociendo su profunda influencia en el desarrollo de niños y niñas (Palacios, 1987; Palacios y Moreno, 1994; Palacios, Moreno e Hidalgo, 1998).

En este sentido, las dinámicas familiares son cruciales para comprender el funcionamiento y la salud del grupo familiar. Sin embargo, no todas las dinámicas son funcionales y saludables. Algunas familias enfrentan desafíos y dificultades que pueden afectar negativamente el desarrollo emocional y afectivo de sus miembros, dando lugar a dinámicas disfuncionales que obstaculizan el bienestar emocional y psicológico de los infantes. Estas dinámicas pueden incluir conflictos constantes entre los padres, falta de comunicación o abuso, etc. (Rivadeneira y Trelles, 2013; Yáñez y Franco, 2013).

Este trabajo se propone analizar las dinámicas familiares disfuncionales, los diferentes tipos que pueden adoptar las mismas, haciendo hincapié en su influencia e implicaciones en el desarrollo emocional infantil. Se enfatizará la importancia del vínculo familiar tanto en la formación de estas dinámicas, como en los conflictos parentales y en las interacciones entre padres e hijos, apuntando a enfoques y herramientas para intervenir y promover familias más saludables y resilientes con la finalidad de mejorar el bienestar integral de los niños implicados en este tipo de conformación familiar.

Palabras claves: *Vínculo familiar, disfuncionalidad familiar, desarrollo afectivo infantil.*

Introducción

En este trabajo final de grado de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República se aborda y profundiza en el análisis de los vínculos familiares, especialmente los parentales, y su influencia en el desarrollo emocional de los niños. El interés por la temática surge de experiencias prácticas realizadas durante el tercer y cuarto año de la carrera, realizadas en instituciones educativas. A través de talleres grupales lúdicos, se exploró y comprendió tanto las emociones como los pensamientos y relaciones familiares. Dichas intervenciones revelaron la importancia de los vínculos familiares en el desarrollo emocional y psicológico de los niños, así como la existencia de dinámicas familiares disfuncionales, especialmente en situaciones adversas. Esto motivó un profundo interés por comprender las dinámicas familiares disfuncionales y su impacto en el desarrollo emocional infantil.

El primer capítulo aborda el concepto de familia, desde su definición tradicional hasta su comprensión más amplia como un sistema dinámico y complejo. Se examina cómo la familia actúa como un entorno primario en el que se desarrollan las relaciones humanas, se establecen vínculos afectivos y se transmiten valores y normas. Finalmente, se profundiza en el concepto de vínculo, que constituye el tejido emocional que une a los miembros de la familia y desempeña un papel crucial en la formación de las dinámicas familiares. A través de este análisis, se sientan las bases para comprender la complejidad e importancia del contexto familiar en el desarrollo de los niños.

El segundo capítulo se enfoca en el vínculo de pareja parental, aspecto fundamental dentro del contexto familiar. Se adentra en las complejas dinámicas que caracterizan esta relación, examinando los roles y responsabilidades que asumen los padres dentro de la unidad familiar. Asimismo se analiza cómo la comunicación a nivel de la pareja parental influye en el clima emocional del hogar y en la percepción que los niños tienen de las relaciones interpersonales.

El tercer capítulo se centra en los vínculos parentales y su impacto en el desarrollo infantil. Se explora la importancia fundamental de estos vínculos en la vida de los niños, destacando su influencia en la construcción de la autoestima y en el desarrollo de una imagen positiva de sí mismos. Además, se examina cómo las interacciones entre padres e hijos moldean las habilidades sociales, emocionales y cognitivas de los niños desde una edad temprana. Se identifican y analizan las dinámicas parentales disfuncionales que puedan surgir, así como sus posibles consecuencias en el bienestar emocional y psicológico de los niños. A través de este análisis, se busca comprender la trascendencia del vínculo parental en la formación de la identidad y el desarrollo integral de los infantes, así como identificar

estrategias para promover relaciones familiares saludables y apoyar el crecimiento emocional de los más pequeños.

Capítulo 1. Familia

1.1 - Concepto de familia

El análisis del concepto de familia es esencial para comprender y fomentar el desarrollo infantil, destacando su profunda influencia en el bienestar de los niños. Esta investigación busca articular diversas perspectivas académicas para establecer bases sólidas que contribuyan al cuidado óptimo durante la infancia.

Según Franco (1994), la familia se caracteriza por ser un sistema dinámico en constante evolución, influenciado por el contexto social e histórico en el que se encuentra inmersa. Este autor resalta la capacidad de la familia para adaptarse y responder a los cambios externos, así como a la evolución cultural y económica. Esta perspectiva enfatiza la naturaleza flexible y maleable del grupo familiar, que se ajusta continuamente a las demandas y desafíos de su entorno.

A lo largo de la historia, el concepto de familia ha experimentado variaciones significativas, lo que ha dado lugar a reformulaciones conceptuales en consonancia con el advenimiento de nuevas configuraciones familiares (Cepal, 1994; Arriagada, 1997). Existen transformaciones que se han producido en respuesta al cambio de paradigmas sociales, el avance del conocimiento y al surgimiento de nuevas dinámicas familiares, influenciadas por diversos factores contextuales y corrientes de pensamientos emergentes (Ariza y de Olivera, 1999; Jelin 1994; Marco, 2005, Muñoz, Gómez y Santamaría 2008). Dichas influencias interactúan de manera constante, permitiendo la evolución de las concepciones contemporáneas sobre el concepto de familia. Esta evolución, en su complejidad, refleja la adaptabilidad de la familia a demandas cambiantes de la sociedad a lo largo del tiempo (Eguiluz, 2014).

Según la Declaración Universal de los Derechos Humanos (Organización de las Naciones Unidas [ONU], 1948), en su Artículo 16, sección 3, se establece que “La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado”. Esta definición se complementa con aspectos característicos de la Convención sobre los Derechos del Niño (ONU, 1989, preámbulo), que afirma que “La familia, como grupo fundamental de la sociedad y medio natural para el crecimiento y el bienestar de todos sus miembros, y en particular de los niños, debe recibir la protección y asistencia necesarias para poder asumir plenamente sus responsabilidades dentro de la comunidad”.

Según Palacios y Rodrigo (1998), la familia puede ser considerada como la unión de individuos a través de relaciones íntimas, definidas por sentimientos de pertenencia y compromiso personal hacia un proyecto de vida compartido. Estos autores consideran esenciales los principios de fraternidad, que motivan a los integrantes de la familia a mantener una organización particular y determinada. Desde la perspectiva del vínculo parental, estas metas pueden estar relacionadas con el cuidado y la educación de los hijos, priorizando una adecuada comunicación y relación de intimidad entre los adultos. Esta visión se define como evolutiva-educativa, donde se enfatiza el desarrollo de una unión que promueva la vida familiar compartida entre adultos y niños.

El surgimiento de estas nuevas dinámicas familiares en occidente ha propiciado la evolución del concepto de familia hacia una noción más compleja y amplia, que abarca las vicisitudes familiares en su totalidad. Desde esta perspectiva, surge la necesidad de desarrollar nuevas perspectivas y consideraciones respecto a la priorización de los niños y niñas para su adecuado desarrollo individual (Cepal, 2004; Arriagada, 1997). Esto implica habilitar nuevas herramientas para garantizar su protección, afectividad y acompañamiento en sus distintas etapas de desarrollo cognitivo, comunicativo, social y físico, tal como lo sugieren Alexander, Roodin y Gorman (1998), Palacios (1999) y Papalia y Olds, (1998). En este contexto, se destaca el papel central de la familia como un factor determinante para el funcionamiento biológico adecuado del individuo, así como para la socialización y la provisión de recursos que otorgan significado a la existencia. Reconocer el rol crucial de la familia en el proceso de desarrollo humano implica proporcionar un entorno de protección y cuidado primordial, como señala Hernández (1998).

Desde estas perspectivas, se puede considerar a la familia, como el entorno más próximo al niño. La familia se encuentra influenciada por diversos sistemas de su entorno e interactúa constantemente. Suárez y Vélez (2018) incluso mencionan la importancia del microsistema familiar como el primer lugar de encuentro donde se desarrollan herramientas de socialización, lo cual resalta aún más su papel fundamental en el desarrollo infantil.

La familia está constituida por un grupo de personas que se mantienen unidas por vínculos de parentesco. A partir de sus propias interacciones, habilitan conocimientos respecto al mundo en general y herramientas primarias para un primer nivel de socialización del niño. Estas relaciones están comprendidas por un carácter de afectividad (Comellas, 2011), lo que refuerza su importancia como un espacio fundamental para el desarrollo emocional y psicológico de los niños.

En síntesis, la exploración detallada del concepto de familia ha permitido comprender su complejidad y su papel fundamental en el desarrollo humano. Desde su función como

entorno de socialización hasta su importancia en la provisión de cuidado y afecto, la familia emerge como un pilar esencial en la formación de la identidad y el bienestar de los individuos. Además, se ha observado cómo el concepto de familia ha evolucionado a lo largo del tiempo, adaptándose a las cambiantes realidades sociales, económicas y culturales.

1.2 - La familia como sistema

La familia desempeña un papel primordial como contexto y cuidado principal en la vida del niño. A medida que el niño crece y se desarrolla, se ve expuesto a nuevos entornos que enriquecen su experiencia y aprendizaje. Desde esta perspectiva, Bronfenbrenner (1987) propone el modelo ecológico del desarrollo humano, el cual examina las interacciones entre la persona y su contexto a través de distintos niveles: microsistema, mesosistema, exosistema, macrosistema y cronosistema.

Este modelo proporciona una estructura conceptual que permite adentrarse en la complejidad del desarrollo infantil, resaltando la interacción dinámica entre los diversos sistemas y contextos que rodean al individuo. El modelo propuesto por Bronfenbrenner (1987) presenta los sistemas y contextos como capas concéntricas, desde lo más próximo al individuo (microsistema), que incluye la familia y la escuela, hasta lo más amplio y distante en el tiempo (cronosistema). Esta representación ofrece una perspectiva integral sobre cómo estos factores interactúan y evolucionan a lo largo del desarrollo infantil, lo que permite apreciar la influencia continua del entorno familiar en el crecimiento y bienestar del niño a lo largo del tiempo.

Entre estos extremos, se encuentran otros contextos que interactúan y ejercen influencia, de manera directa o indirecta, en el desarrollo del niño. Por ejemplo, el mesosistema se refiere a las interacciones entre distintos microsistemas y ámbitos que van más allá de su entorno inmediato, pero que igualmente impactan su desarrollo. El exosistema abarca aspectos como el lugar de trabajo de los padres o las políticas gubernamentales, que, aunque no forman parte del entorno cotidiano del niño, también tienen repercusiones en su crecimiento y aprendizaje. Por último, el macrosistema incluye valores culturales, creencias y normas sociales que definen el contexto en el que se desenvuelve el niño, aportando una influencia indirecta pero significativa en su desarrollo (Bronfenbrenner, 1987).

Minuchin (1982) conceptualiza a la familia como un sistema dinámico que se ve afectado por factores externos que moldean los comportamientos de sus integrantes, subrayando así la interdependencia y la influencia mutua entre la familia y su entorno. Esta visión resalta el papel fundamental de la familia en la comprensión de las complejidades de la sociedad contemporánea y en la promoción del bienestar de sus miembros. Minuchin (1982) profundiza en la singularidad tanto de la dinámica como de los contenidos de la comunicación

familiar, analizando no sólo cómo se transmiten los mensajes, sino también qué mensajes se transmiten, lo que revela la complejidad de las interacciones familiares.

Esta distinción entre dinámica y contenido de la comunicación familiar se relaciona con los principios de la Escuela de Palo Alto, una corriente de pensamiento que enfatiza la comunicación como un proceso complejo de interacción. Desde esta perspectiva, se considera que la familia no solo se comunica a través de palabras, sino también a través de gestos, tono de voz y otros aspectos no verbales (Watzlawick et al., 1985). En este sentido, Minuchin (1982) adopta esta perspectiva amplia de la comunicación familiar, enriqueciendo así la comprensión de cómo la familia opera como parte de un sistema más amplio que influye en el desarrollo humano.

La construcción de la identidad, la autoestima y la personalidad del niño se fundamenta en el contexto familiar, donde comienza a adquirir las herramientas necesarias para su desarrollo (Sánchez, 1984). Este proceso, sin embargo, no se limita únicamente al ámbito familiar, sino que está influenciado por la dinámica interna de la familia y su interacción con el entorno externo, como fue mencionado anteriormente. Así, la formación de la identidad y la autoestima del niño se ve moldeada por la complejidad de las interacciones familiares, las cuales están influenciadas por el entorno social y cultural circundante. Es crucial, por lo tanto, analizar tanto los aspectos internos como externos de la familia para comprender plenamente su influencia en el desarrollo infantil.

Las interacciones en el seno familiar establecen una dinámica que se ve influenciada por diversos roles, los cuales se entrelazan en una constante interacción marcada por la colaboración, el intercambio de ideas y la posible manifestación de conflictos y situaciones de poder. Este entramado de relaciones familiares, según Oliveira, Eternod y López (1999), Torres, Ortega, Garrido y Reyes (2008), González (2000) y Palacios y Sánchez (1996), está estrechamente vinculado con la asignación de responsabilidades dentro del hogar, lo que puede tener una relación directa con la toma de decisiones. Estos autores enfatizan la importancia de fomentar una comunicación efectiva que propicie un ambiente saludable en la familia.

Magaña (2006) destaca el impacto significativo de una comunicación efectiva en el entorno familiar. Resalta que dicha comunicación implica un flujo constante de ideas, pensamientos, emociones y sentimientos entre los miembros de la familia, promoviendo así la cohesión y el entendimiento mutuo. En esta línea, Agudelo (2005) identifica tres modalidades de comunicación disfuncional que emergen cuando la comunicación familiar se ve obstruida: la comunicación bloqueada, que se caracteriza por una falta de diálogo profundo; la comunicación dañada, marcada por expresiones negativas y un debilitamiento de los lazos

familiares, definida por la presencia de “reproches, sátiras, insultos, críticas destructivas y silencios prolongados” (p.9) y la comunicación desplazada, que requiere la intervención de un tercero para facilitar el diálogo entre los miembros. En este contexto se enfatiza la importancia de fomentar una comunicación abierta y respetuosa dentro de la familia, lo que puede contribuir a relaciones familiares más sólidas y armoniosas.

Desde una óptica centrada en la dimensión emocional, se destaca la importancia crucial de una comunicación efectiva para moldear el clima emocional dentro del sistema familiar. Esta comunicación fluida y respetuosa no solo facilita un intercambio cordial y sensible entre los miembros de la familia, sino que también contribuye a que se sientan amados, valorados y reconocidos en su seno. Según Bowlby (1990) y Gimeno (1999) estos espacios fomentan la formación de una personalidad fundamentada en un apego seguro, lo que, a su vez, motiva al niño a interactuar positivamente con los demás miembros de la familia. En una perspectiva más contemporánea, Arévalo (2014) subraya la importancia de la fraternidad, la solidaridad, el apoyo y el amor como elementos esenciales para fortalecer y construir un entorno fundamental de socialización entre sus miembros.

El sistema familiar, como se ha mencionado previamente, se encuentra en un continuo proceso de cambio, moldeado e influenciado por una multiplicidad de sistemas y contextos que lo conforman, estrechamente vinculados a factores históricos y sociales predominantes. Por consiguiente, es crucial prestar atención a las transformaciones que han ocurrido en la concepción de la familia a lo largo de la historia hasta el presente. Ariza y de Olivera (1999) destacan que históricamente, la autoridad en la familia estuvo mayormente determinada por el hombre sobre la mujer y, a su vez, sobre sus hijos. Además, Marco (2005) y Jelin (1994) argumentan que esta estructura de autoridad situó al padre como el principal ejerciente del poder, mientras que la madre fue asociada principalmente con el rol de proveer afecto en la crianza. No obstante, según Muñoz, Gómez y Santamaría (2008), esta dinámica se vio alterada por la incorporación de la mujer al mercado laboral, generando cambios en su función dentro del hogar, lo que ha llevado a una reconfiguración de las jerarquías familiares y una redefinición del poder como una construcción más compleja y menos basada en la imposición.

La evolución de los paradigmas en la estructura familiar ha generado cambios significativos en la conceptualización de la familia como un sistema dinámico en constante adaptación a diversos entornos. Desde las formas tradicionales de organización familiar hasta los nuevos modelos emergentes, como las familias monoparentales, reconstituidas o diversas, estos cambios han modificado la comprensión de la influencia de la familia en el desarrollo infantil. Las interacciones dentro de este sistema, caracterizadas por la comunicación, el afecto y la autoridad, siguen siendo elementos esenciales que se entrelazan de manera

constante y que proporcionan los fundamentos para la formación de la personalidad. Sin embargo, es importante reconocer que la manifestación y dinámica de estos elementos pueden variar considerablemente. Por tanto, estos factores, junto con otros aspectos cambiantes del contexto familiar, como la estructura familiar, los roles parentales y las dinámicas de poder, son cruciales para comprender la complejidad y la importancia del entorno familiar en el desarrollo integral de los niños y niñas.

Indudablemente, el concepto de familia emerge como un elemento central en la comprensión del desarrollo humano y la dinámica social. Se trata de un sistema dinámico que está en constante cambio y adaptación a lo largo del tiempo. La familia ejerce una influencia profunda en el crecimiento y bienestar de sus miembros, especialmente en el contexto del desarrollo infantil. A lo largo de la historia, la percepción de la familia ha evolucionado, influenciada por diversos factores socioculturales y cambios en las estructuras familiares. La distribución de roles de género, la autoridad paterna, la participación laboral de las mujeres y otras transformaciones sociales han moldeado la configuración y funcionamiento de la familia. Estas reflexiones subrayan la importancia de abordar de manera holística y multidimensional el estudio del contexto familiar, reconociendo su complejidad y su función crucial en el desarrollo humano y la construcción de la sociedad.

1.3 - Concepto de vínculo

Para profundizar en el entendimiento de las dinámicas familiares y su influencia en el desarrollo de los hijos, resulta fundamental delinear de manera precisa el concepto de vínculo y su relevancia en el ámbito familiar. Este concepto, que se origina en el término latino “vinculum”, según el Diccionario de la lengua española (Real Academia Española, 2009), va más allá de una simple unión física, abarcando también la correspondencia, conformidad y cohesión entre diversas entidades. Esta idea de conexión profunda implica una unión en diferentes niveles, ya sea físico, emocional, social o incluso espiritual, y constituye el eje central para comprender las relaciones dentro del entorno familiar.

Se concibe al vínculo como un elemento crucial en las interacciones humanas, caracterizado por su capacidad de facilitar la conexión emocional y cognitiva entre individuos. Según la perspectiva de Pichón-Riviére (1956-57), el vínculo se representa metafóricamente como un puente que permite el intercambio de emociones, pensamientos y experiencias entre las partes involucradas. Además, se plantea que la salud y la eficacia de dicho vínculo pueden ser evaluadas a través de la calidad de la comunicación establecida, el nivel de confianza mutua y la habilidad para compartir vivencias significativas. Este enfoque resalta la importancia de aspectos comunicativos y afectivos en la construcción y mantenimiento de relaciones interpersonales saludables y efectivas.

En este contexto, resulta relevante explorar la intersección entre el concepto de vínculo y el contexto familiar, con el propósito de comprender de manera integral la influencia de las relaciones parentales en el desarrollo infantil. Según Pichón Riviere (1956-57) dichos vínculos parentales, constituyen los cimientos emocionales y relacionales dentro del ámbito familiar, e inciden en la dinámica familiar, en la salud emocional de sus miembros y en el desarrollo integral de los niños y niñas. Es importante destacar que los vínculos familiares pueden manifestarse de diversas formas y niveles de intensidad, desde relaciones estrechas y afectivas hasta dinámicas más conflictivas o distantes. La manera en que se establecen y mantienen estos vínculos afectivos y comunicativos entre los diversos miembros de la familia desempeña un papel crucial en la formación de la identidad y la personalidad de los niños, así como en su capacidad para establecer relaciones saludables en el futuro. Además, es importante señalar que el concepto de vínculo no se limita únicamente a las relaciones entre padres e hijos, sino que también incluye las interacciones entre hermanos, abuelos, tíos y otros miembros de la familia extendida.

Los vínculos saludables se caracterizan por la presencia de cercanía emocional sólida, confianza, apoyo mutuo y una capacidad de interacción libre entre los individuos, lo que facilita la formación de vínculos similares en otros contextos donde se desarrollan los niños y niñas. Por otra parte, los vínculos problemáticos se manifiestan en relaciones con una comunicación deficiente, lo que puede obstaculizar la conexión emocional entre las partes involucradas. Estas variaciones permiten identificar diferentes tipos de vínculos que pueden desarrollarse en relaciones íntimas, como aquellas que se dan a nivel familiar, influenciado por experiencias negativas o traumáticas. Bowlby (1990), en su teoría del apego, desarrolló conceptos relacionados con la calidad de los vínculos emocionales, especialmente en la infancia, lo que proporciona una base sólida para comprender los vínculos saludables y problemáticos en las relaciones familiares y en otros contextos de desarrollo infantil.

Bajo este enfoque, resulta relevante abordar el vínculo como una herramienta analítica que permite comprender cómo los diferentes tipos de vínculos pueden ejercer un impacto profundo en la vida adulta. En el contexto de las relaciones paterno-hijos, estos vínculos actúan como canales que conectan las emociones y los patrones de pensamiento, moldeando así la experiencia emocional y cognitiva de los individuos a lo largo de su desarrollo. La familia entonces asume el rol fundamental, donde se transmiten factores de fraternidad particulares de una dinámica íntima, implícitas por historias de vida complejas, para componer una nueva, atravesada por esos valores, actitudes, expresiones y deseos transmitidos.

Pichón-Riviere (1956-57) subraya que “La familia es un todo que está actuando a través de cada miembro de la familia” (p.28). Como grupo social primario brinda herramientas

base durante el desarrollo del infante para que luego actúe en sociedad, dentro de los llamados grupos sociales secundarios como son los amigos, las instituciones y más adelante el trabajo. Además agrega “La sociedad está adentro y está afuera, pero la sociedad que está adentro lo está de una forma particular para cada individuo” (p. 68). Según su teoría del vínculo, la psicología del individuo se divide en dos partes; interna que abarca experiencias y pensamientos personales y, externa, que comprende las situaciones concretas que rodean al individuo. Estos aspectos están en constante interacción, incluyéndose mutuamente. En cuanto al desarrollo infantil, Pichon-Rivière (1956-57) resalta la influencia del entorno familiar en la formación de la identidad del individuo, donde las actitudes, prácticas y valores familiares son fundamentales. Desde temprana edad, los niños internalizan los patrones de vinculación observados en su entorno, siendo los padres los principales modelos, configurando así futuras relaciones emocionales. Por otro lado, sostiene que la formación del sujeto implica la investidura del Yo, conformada por influencias de otros individuos, zonas erógenas y el yo corporal, lo que desempeña un papel crucial en la construcción de la identidad y la interacción con el entorno externo y otros individuos.

En esta línea, Winnicott (1964/2006), destaca el papel central de la madre (o cuidador principal) como facilitadora del contacto del niño con el mundo externo. Winnicott (1964/2006) sostiene que la madre, al ser sensible y receptiva a las señales del bebé, ayuda al niño a desarrollar una sensación de confianza en el mundo externo. La madre actúa como un objeto facilitador que permite al niño experimentar gradualmente la realidad externa de una manera que sea manejable y segura. A través de la relación con la madre, el niño comienza a internalizar un sentido de continuidad y confiabilidad en su entorno. Por lo tanto, la madre no solo proporciona cuidado físico, sino que también facilita el proceso mediante el cual el niño conoce y se adapta al mundo externo, actuando como un puente entre el mundo interno y el mundo externo, ayudando a desarrollar un sentido de seguridad y confianza en su entorno (Winnicott, 1964/2006).

En este sentido, Melanie Klein (1962), extendió y profundizó la comprensión Freudiana de cómo los objetos internos y externos influyen en el desarrollo psicológico. La relación de objeto se refiere a la forma en que el individuo percibe, interpreta y se relaciona con las figuras significativas en su vida, principalmente los padres y cuidadores. En el contexto de una dinámica familiar disfuncional, la relación de objeto puede estar marcada por experiencias tempranas de negligencia, abuso emocional o físico, lo que puede llevar a una internalización de modelos relaciones problemáticos. Los cuidadores disfuncionales pueden no proporcionar un ambiente emocionalmente seguro y estable, lo que afecta la capacidad del individuo para formar relaciones saludables y desarrollar un sentido de sí mismo coherente. Esta dificultad

para establecer relaciones seguras y satisfactorias puede manifestarse en problemas de apego, autoestima y regulación emocional.

Para Berenstein (2000), en el contexto de una dinámica disfuncional, los patrones de relación y las experiencias emocionales con los padres son problemáticas y se entrelazan de manera compleja. Por un lado, el sentido de pertenencia se ve afectado por la calidad de las relaciones con los padres, que pueden ser inconsistentes, abusivas o carentes de afecto. Esto puede generar un sentido de alineación o inseguridad en el individuo, impactando negativamente en su capacidad para establecer vínculos afectivos saludables en el futuro. Por otro lado, el sentimiento de identidad se ve moldeado por la forma en que el individuo percibe y procesa estas experiencias con los padres disfuncionales. La falta de modelos parentales positivos pueden dar lugar a una percepción distorsionada de uno mismo y a una dificultad para desarrollar una identidad sólida y coherente. En conjunto, estas experiencias contribuyen a la construcción de una subjetividad marcada por la dificultad para establecer relaciones significativas y una identidad fragmentada o inestable.

Berenstein (2000), refiere a la construcción de la subjetividad del individuo, entendida como un proceso complejo influenciado por múltiples factores, entre ellos el sentido de pertenencia inherente al vínculo y el sentimiento de identidad inherente al Yo. El sentido de pertenencia se refiere a la sensación de conexión emocional y psicológica que el individuo experimenta en relación con otros, especialmente con figuras significativas como los padres y la familia. Por otro lado, el sentimiento de identidad se relaciona con la percepción individual de quién es uno mismo en términos de características personales, atributos únicos continuidad a lo largo del tiempo. Este sentido de identidad se forma a través de la interacción entre las experiencias personales, las relaciones interpersonales y las influencias culturales. En conjunto, estos dos aspectos contribuyen a la construcción de la subjetividad del individuo, que se refiere al mundo interno y único de pensamientos, emociones y experiencias de cada persona. La subjetividad es moldeada por las experiencias de vida, las relaciones interpersonales y las dinámicas familiares, y juega un papel fundamental en la forma en que el individuo percibe y se relaciona consigo mismo y con los demás.

Capítulo 2 - Vínculo de pareja

2.1 Dinámica de la pareja parental

La diversidad de dinámicas familiares refleja la variedad de vínculos que se establecen dentro de ellas, cada uno influenciado por factores individuales y compartidos. Como se ha discutido previamente, estos vínculos están intrínsecamente ligados a las actitudes, valores y emociones de los individuos, y buscan una congruencia entre lo interno y lo externo en la

búsqueda de una vida plena y satisfactoria para los miembros de la familia (Pichon-Riviére 1956-57; Bronfenbrenner, 1987).

En el contexto de la pareja, este vínculo adquiere una dimensión única, donde los individuos se conectan emocionalmente para compartir sus experiencias y aspiraciones. Según Puget y Berenstein (1997), esta conexión va más allá de un simple compartir; implica la elaboración de acuerdos y pactos, algunos de los cuales son conscientes y otros inconscientes. Estos pactos reflejan lo permitido, lo esperable y lo prohibido en la relación, configurando un espacio relacional donde se comparten deseos, valores y anhelos. Además, Puget y Berenstein (1997) sugieren que la estabilidad de la pareja está influenciada por pulsiones duales, las cuales se manifiestan en la cotidianidad de la relación y en aspectos como la sexualidad y los proyectos vitales compartidos. En este contexto, la noción de Zócalo propuesta por estos autores cobra relevancia, ya que representa una estructura profunda que regula la relación de pareja a través de acuerdos inconscientes, contribuyendo a la conformación del vínculo a lo largo del tiempo.

En esta línea, la teoría de Gregory Bateson (2002) introduce el concepto de *espíritu*, aportando una perspectiva valiosa sobre la formación y evolución de los vínculos. Considerando que se trata de un proceso dinámico y en constante transformación, esencial para comprender las condiciones de cambio y adaptabilidad que enfrentan los individuos. En relaciones de pareja, estas condiciones resultan fundamentales para entender cómo los mundos internos de cada individuo, ricos en valores, deseos y aspiraciones personales, convergen en la creación de un nuevo vínculo, influenciados por sus respectivos entornos y experiencias previas. La interacción de estos elementos genera un entorno relacional en evolución constante, orientado hacia la adaptación a nuevas experiencias y condiciones, lo que permite que el vínculo evolucione y se ajuste con el tiempo.

Eguiluz (2014) añade una perspectiva adicional donde destaca puntos relevantes para la formación del vínculo; la confluencia, la integración y la transformación. En la relación de pareja, se enfrentan dos universos existenciales distintos, definidos por la unión de los mismos, que requiere un esfuerzo deliberado para facilitar la integración y transformarse en una nueva identidad compartida. Este proceso define a la relación de pareja como una entidad única que presenta una determinada dinámica y existencia.

Esta adaptabilidad resulta valiosa para la consolidación y fortalecimiento del vínculo donde las relaciones de pareja evolucionan hacia la formalización de un vínculo parental. Emerge como un elemento trascendente en el proceso de transición hacia una nueva realidad compartida, acompañando una reconfiguración de sus roles y responsabilidades.

La tipología de apego adulto de Hazan y Shaver (1987) agrega una capa adicional de comprensión a la dinámica de las relaciones de pareja. Establece tres tipos de apego que influyen en cómo las personas experimentan la intimidad y la confianza en sus relaciones. El apego seguro se caracteriza por la comodidad con la cercanía emocional, la intimidad y la confianza son pilares significativos que definen este tipo de relaciones. Por otro lado, el apego inseguro evitativo difiere de la anterior mencionada cercanía emocional y presenta incomodidad en situaciones de intimidad de las relaciones, con tendencia a no sostener relaciones amorosas duraderas debido a la presencia constante de conflictos. Por último, el apego ansioso-ambivalente, se caracteriza por la debilidad en el vínculo, definidas por el temor persistente al abandono, la búsqueda insistente de intimidad y la manifestación de emociones intensas, acompañado de obsesión. Estos aportes son fundamentales para comprender cómo las personas experimentan y expresan emociones en sus relaciones de pareja, y cómo estas expresiones emocionales influyen en sus parejas.

La capacidad de adaptación y la evolución de los individuos en el contexto de la formación de un vínculo parental son factores que se alinean con la noción de espiral dialéctica en la perspectiva de Pichón-Riviére (1956-57), que destaca la esencia cambiante y evolutiva de las relaciones humanas, definidas por la evolución y la retroalimentación. Estos elementos entonces, resultan fundamentales para la configuración de un ambiente propicio y saludable respecto al bienestar de la relación de pareja y la unidad familiar.

2.2 - Roles y responsabilidades en la pareja

En el análisis de los roles y responsabilidades en la pareja, se destaca la relevancia de comprender cómo las dinámicas familiares y el contexto histórico inciden en la configuración de estos aspectos (López, 1984; Sierra, Madariaga & Abello, 1997). Así, al explorar las interacción dentro del ámbito familiar, se observa una influencia significativa del entorno, donde valores, ideologías y percepciones, moldeadas por el contexto histórico y social, influyen en la forma en que se establecen y desempeñan los roles en la pareja (Ariza y de Olivera, 1999; Marco, 2005; Jelin, 1994; Muñoz, Gómez y Santamaría, 2008).

Desde una perspectiva macroscópica, se reconoce que las épocas históricas no solo determinan las normas sociales y culturales que definen las relaciones de pareja, sino que también influyen en las percepciones individuales y colectivas sobre el amor, la intimidad y la familia. Esta influencia histórica se manifiesta en la construcción de significados y narrativas personales que, a su vez, impactan en las dinámicas de las relaciones de pareja (Bowlby, 1988; González y Santana, 2001; Sánchez, 2016). Así, la conformación de los roles y responsabilidades dentro de la pareja no solo está determinada por factores intrínsecos a la relación misma, sino que también se ve influida por el contexto familiar más amplio y el legado

histórico que lo rodea. Esta comprensión más amplia permite abordar de manera integral los desafíos y dinámicas presentes en las relaciones de pareja, reconociendo la complejidad de los factores que influyen en su configuración y desarrollo a lo largo del tiempo (López, 1984; Sierra, Madariaga & Abello, 1997; Ariza y de Olivera, 1999; Marco, 2005; Jelin, 1994).

Estas narrativas y creencias pueden encontrarse definidas a través de mitos. Según Campbell (1991), los mitos nos permiten experimentar “el éxtasis de estar vivo” (p. 27). En el contexto de las relaciones de pareja, puede relacionarse con la forma en que las parejas configuran narrativas compartidas sobre su relación, adaptándose a creencias, apreciaciones y suposiciones que influyen en su dinámica. Campbell (1991) sugiere la existencia de una conexión emocional y espiritual que trasciende la realidad material de la relación, reconociendo una identidad profunda compartida entre los cónyuges para fusionarse en un entrelazamiento de almas y destinos, implicando una intimidad emocional y una comunión espiritual sistematiza la relación conyugal.

Las dinámicas de las relaciones de pareja se encuentran intrínsecamente ligadas a una base cultural que establece normas y expectativas específicas para su contexto. López (1984) profundiza en este aspecto al resaltar la importancia del rol sexual y cómo este se manifiesta en los comportamientos, sentimientos y actitudes de hombres y mujeres. En este sentido, las expectativas tradicionales han asignado históricamente a las mujeres responsabilidades relacionadas con el hogar, como el cuidado y la crianza de los hijos, mientras que a los hombres se les ha atribuido el rol de proveedores económicos de la familia, accediendo a una variedad de oportunidades y ámbitos. Estas estructuras culturales y de género no solo influyen en las dinámicas de género dentro de la pareja, sino también en la construcción de identidades y roles dentro de la relación, contribuyendo así a la configuración de las expectativas y comportamientos en el ámbito de la pareja.

Estos roles y responsabilidades tradicionales han sido objeto de críticas y debates en la sociedad actual, habilitando a modificar ciertos estándares hacia la búsqueda de una sociedad con mayor igualdad de género y equidad respecto a las tareas (Sierra, Madariaga & Abello, 1997). Sin embargo, existen estudios que demuestran cómo estos avances aún distan de un ideal respecto a la igualdad de género, donde las mujeres aún enfrentan una sobrecarga respecto a las responsabilidades en el hogar (García, 1998). Marín, Infante & Rivero (2002) concluyeron en sus estudios que las mujeres que desempeñan dos roles, madre y trabajadora, generalmente expresan cierto grado de culpa, estrés y malestar emocional.

La flexibilidad en la asignación de roles familiares, guiada por una comunicación abierta y equitativa, es esencial para contrarrestar los estereotipos de género y promover una

dinámica familiar saludable. Esto implica evitar la adhesión estricta a convenciones tradicionales que limitan la distribución equitativa de responsabilidades en el hogar. Por lo tanto, deben asignarse y asumirse de manera que promuevan la calidad de un cuidado saludable, determinado por el amor, la confianza y la equidad en la familia. Es crucial considerar el carácter destacable y primordial de la adaptabilidad en este contexto, ya que esto permite la evolución de los roles a medida que cambian y surgen nuevas necesidades y circunstancias propias del entorno familiar. Esta adaptación constante enriquece la funcionalidad de la dinámica familiar al fomentar una comunicación más abierta, una colaboración más efectiva y una equidad más profunda.

2.3 - Comunicación y resolución de conflictos en la pareja

El funcionamiento de las relaciones interpersonales se encuentra moldeado por creencias arraigadas y suposiciones implícitas que influyen en la configuración del vínculo (Campbell, 1991; Sierra, Madariaga & Abello, 1997; Ariza y de Olivera, 1999). En este contexto, es fundamental resaltar el papel central que desempeña la comunicación en la eficacia y dinámica de las relaciones de pareja. La capacidad de expresar y comprender las necesidades, deseos y emociones de cada individuo se erige como un elemento crucial para el mantenimiento y fortalecimiento de la conexión emocional y la armonía en la relación. La habilidad para comunicarse de manera efectiva no solo facilita la resolución de conflictos y la toma de decisiones compartidas, sino que también promueve la intimidad emocional y el entendimiento mutuo entre los compañeros. En este sentido, la comunicación se convierte en un medio fundamental para el desarrollo y crecimiento continuo de la relación, permitiendo a las parejas construir un vínculo sólido basado en la confianza, el respeto y la empatía (Magaña, 2006; Eguiluz, 2014).

Un vínculo que priorice el diálogo habilita también a considerar la influencia de otros miembros de la familia en la funcionalidad de la dinámica. La comunicación puede estar fuertemente enlazada al concepto de adaptabilidad mencionado anteriormente. La diversidad de circunstancias y dinámicas familiares existentes, permite recurrir a la instancia imperante de considerar lo diverso de opciones, pensamientos e ideas que pueden llegar a convivir en conjunto y la posibilidad para transformarse y evolucionar frente a las vicisitudes de la vida. Arés (1990) destaca la relevancia de mantener claridad en relación con los límites, las jerarquías, los roles y los espacios habitados por cada miembro para mantener un vínculo comunicativo saludable y cohesión familiar. En este sentido, Magaña (2006), destaca lo esencial de la comunicación para el desarrollo individual, cultural y social de sus miembros. Mientras Berger y Luckmann (1998) sugieren que la familia asume la responsabilidad de

socializar a sus integrantes y guiarlos en su inserción en el contexto cultural, político y educativo.

Berenstein (2000), analiza las dinámicas familiares desde una mirada psicoanalítica y plantea que las relaciones familiares, tanto la relación de pareja como la relación entre padres e hijos, son entendidas como estructuras interdependientes donde se negocian y desarrollan identidades individuales en relación con los demás. En este sentido, Berenstein (2000) subraya que las dinámicas familiares pueden estar influenciadas por la relación de objeto, que en la teoría psicoanalítica se refiere a la forma en que las personas perciben y se relacionan con los demás, especialmente en el contexto de las relaciones familiares. En este contexto, los miembros de la familia pueden ser vistos y tratados como objetos para satisfacer necesidades emocionales, lo que implica que sus roles y comportamientos se perciben en función de cómo pueden satisfacer esas necesidades emocionales. La internalización de roles familiares, la intensidad de los lazos emocionales y las normas culturales son consideradas como factores que contribuyen a la complejidad de estas dinámicas, lo que pueden dificultar su identificación y abordaje.

Se plantean múltiples enfoques en relación con la apreciación y el valor otorgado a la comunicación, lo cual permite discernir el impacto sustancial de su adecuada funcionalidad en el seno de la dinámica familiar. Esta apreciación resalta la relevancia intrínseca de conceptos como la comprensión, el diálogo y la adaptación en el contexto de las relaciones humanas. La comunicación efectiva, fundamentada en una reflexión profunda sobre los roles y las dinámicas de género, emerge como un pilar fundamental para la construcción y el mantenimiento de relaciones interpersonales saludables y equitativas. Además, es imperativo reconocer que, a pesar de los esfuerzos por fomentar un ambiente comunicativo y comprensivo, los conflictos son una faceta inherente e inevitable de las relaciones. Cuando estos conflictos no se abordan ni se resuelven de manera constructiva, pueden provocar consecuencias perjudiciales tanto para la relación como para el bienestar emocional de los individuos involucrados. Por ende, la comprensión profunda y el manejo efectivo de la comunicación se erigen como pilares cruciales para navegar los desafíos que surgen en el contexto de las relaciones íntimas y familiares.

Según Pichón-Riviere (1956-57), los conflictos no solo representan desafíos en las relaciones interpersonales, sino que también ofrecen una oportunidad única para el desarrollo personal y la transformación. Al adentrarse en las causas subyacentes de un conflicto, las personas pueden obtener una comprensión más profunda de sí mismas y de sus compañeros, lo que potencialmente fortalece el vínculo emocional y la empatía mutua. Esta perspectiva coincide con la visión de Jung (1962) quien sostiene que los conflictos no deben ser vistos

como meros obstáculos, sino como etapas cruciales en el proceso de individuación, que implica el descubrimiento y la integración de aspectos inconscientes de la personalidad. En este sentido, enfrentar los conflictos de manera constructiva puede facilitar un mayor autoconocimiento y un crecimiento personal significativo para ambas partes involucradas en la relación.

Por su parte, Eguiluz (2014) enfatiza la importancia de la flexibilidad y la adaptación en las relaciones de pareja. Sostiene que las parejas deben ser capaces de adaptarse a los cambios y desafíos que la vida les presenta. Cuando las parejas no son capaces de adaptarse, los conflictos pueden convertirse en una fuente de tensión y conflicto. González y Santana (2001, citados por Bosch, 2007), señalan que las parejas a menudo enfrentan una paradoja emocional: la idea romántica del amor puede hacer que las personas que se sienten atrapadas en relaciones abusivas, creen que el amor superará todos los obstáculos. Este tipo de pensamiento puede llevar a una compleja dinámica de apego, donde los extremos de buen trato y maltrato coexisten en una relación.

En este contexto, el concepto de apego cobra relevancia. Según Bowlby (1988), el apego tiene raíces biológicas y se refiere a la tendencia natural de las personas a establecer lazos emocionales con figuras de protección, generalmente las madres en la infancia. Estos lazos de apego persisten en las relaciones amorosas en la vida adulta, proporcionando una sensación de seguridad y tranquilidad en momentos de zozobra. Esta conexión puede llevar a una fuerte interdependencia entre la víctima y el agresor, especialmente cuando el maltrato y el buen trato se entrelazan temporalmente. En este sentido, Sánchez (2016) señala que las mujeres que asumen un modelo romántico de amor pueden estar más expuestas a la violencia de género. Esto se debe a que pueden creer que el amor todo lo puede y que deben soportar cualquier cosa para mantener la relación. El apego en las relaciones de violencia de género puede ser muy fuerte. Esto se debe a que la víctima puede experimentar tanto el maltrato como el afecto, lo que puede generar confusión y dificultad para tomar decisiones.

La decisión de abandonar una relación violenta es compleja y se ve influida por diversas circunstancias relacionadas con la víctima, el agresor y la relación en sí. La víctima puede experimentar sentimientos de culpa, baja autoestima y miedo extremo, lo que dificulta la toma de decisiones (Echeburúa, Amor y Corral, 2002; Rhodes y Baranoff, 1998; Salber y Taliaferro, 2000). Además, como se mencionó anteriormente, la incorporación de la mujer al mercado laboral ha impactado sobre sus responsabilidades, lo que ha generado altos niveles de estrés y malestar emocional, especialmente cuando su pareja no se solidariza con esta nueva realidad.

La distribución de responsabilidades en el hogar también es un factor crítico en la dinámica de pareja. Las mujeres que asumen roles tanto en el trabajo como en el hogar pueden experimentar conflictos y tensiones si no reciben el apoyo necesario por parte de sus parejas (Marín, Infante & Rivero, 2002). Este desequilibrio puede generar malestar emocional en las mujeres y afectar la dinámica conyugal y familiar. Además, los niños pueden verse influenciados por estas dinámicas, aprendiendo roles de género tradicionales y experimentando malestar si presencian conflictos constantes en el hogar.

La resolución de conflictos en la pareja, en este contexto, requiere un enfoque holístico que aborde tanto las dinámicas emocionales como las responsabilidades compartidas. La terapia de pareja se presenta como un espacio conversacional donde se pueden explorar y abordar los desafíos relacionados con el apego, la violencia de pareja y las tensiones relacionadas con las responsabilidades compartidas. En resumen, la importancia de comprender estas complejas dinámicas radica en promover relaciones amorosas más saludables y contribuir al bienestar de las personas involucradas. Con el objetivo de configurar un ambiente familiar saludable y equilibrado para todos los miembros de la familia.

Capítulo 3 - Vínculos parentales y su impacto en el desarrollo infantil

3.1 Importancia de los vínculos parentales

La presencia y participación activa de los padres en la vida de los niños son elementos esenciales para su desarrollo emocional y psicológico. Winnicott (1964/2006) subraya que la privación de experiencias básicas y necesarias, como el contacto afectuoso con los padres, puede tener consecuencias significativas en el desarrollo emocional del niño a medida que crece. Esta afirmación resalta la importancia crítica de la familia en la provisión de un ambiente emocionalmente seguro y enriquecedor para los niños.

Desde una perspectiva evolutivo-educativa, la familia cumple varias funciones esenciales en relación a los hijos. Además de proporcionar afecto y apoyo emocional, los padres también juegan un papel fundamental en asegurar la supervivencia y el crecimiento de los niños, así como en estimular su desarrollo de habilidades para relacionarse con el entorno. Además, la familia toma decisiones importantes sobre la educación y socialización de los niños, lo que influye significativamente en su desarrollo cognitivo, social y emocional a lo largo de su vida (Bornstein, 2002; Bradley, 2002; Bradley y Caldwell, 1995; Palacios y Rodrigo, 1998). La familia entonces, desempeña un papel irremplazable en el crecimiento emocional, cognitivo y social de los niños y niñas, así como en su capacidad para enfrentar los desafíos de la vida y desarrollar relaciones significativas con los demás.

En este sentido, el modelo de Bronfenbrenner (1987) presenta una visión de desarrollo humano que abarca múltiples sistemas interconectados, desde el microsistema más cercano al individuo hasta el macrosistema cultural y social más amplio. Este enfoque integral subraya la influencia de diferentes sistemas en el desarrollo de los niños, con la familia como uno de los microsistemas centrales. Bowlby (1990) por su parte, resalta la importancia de establecer vínculos seguros en la infancia, los cuales pueden influir en la calidad de las relaciones en el futuro. Se reconoce que los niños suelen desarrollar múltiples apegos que desempeñan un papel crucial en su aprendizaje, identificación y adaptación (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978).

La crianza de los hijos es un proceso de adaptación constante que implica responder de manera flexible a las necesidades cambiantes de los niños. Los enfoques rígidos pueden no ser adecuados para abordar la diversidad de personalidades y necesidades infantiles. La interacción educativa familiar implica la participación de los padres en actividades que promueven el desarrollo cognitivo y lingüístico de los niños. Estas interacciones familiares son clave para situar al niño en la zona de desarrollo próximo, fomentando su desarrollo (Vygotsky, 1979, 1984). En este sentido, los estudios de Baumrind (1966, 1968, 1971, 1991) representaron un punto de inflexión en la investigación sobre los estilos parentales al categorizarlos en tres arquetipos distintos: autoritativo o autorizado, autoritario, y permisivo. Estos modelos, que se convirtieron en referentes, delinearon las variadas características observadas en el desarrollo de los hijos en relación con cada estilo parental.

Maccoby y Martin (1983) plantearon una reinterpretación de los estilos parentales, retomando una perspectiva que había ganado relevancia en la mitad del siglo XX. Se consideraba que las características parentales no eran simplemente categorías discretas, sino que se entendían más bien como puntos en un espectro continuo. Esto implica que los estilos parentales no se ven como modelos rígidos, sino que pueden manifestarse de manera más flexible, dependiendo de la combinación de diversas actitudes y comportamientos parentales en diferentes dimensiones. En este sentido, los estilos parentales se refieren a los patrones de comportamiento y actitudes que los padres utilizan en la crianza y educación de sus hijos. Representan las diferentes formas en que los padres interactúan con sus hijos, establecen límites, expresan afecto, fomentan la autonomía y manejan el control sobre el comportamiento de los niños.

Los distintos estilos parentales propuestos por Maccoby y Martin (1983) incluían el democrático, autoritario, permisivo, negligente e indiferente, representando diferentes formas de interacción entre padres e hijos que han demostrado tener impactos significativos en la salud emocional y el bienestar psicológico de los niños en su proceso de crecimiento. Estos

estilos se basan en dos dimensiones fundamentales, la afectividad y la comunicación, así como el nivel de control y exigencia por parte de los padres hacia sus hijos.

Cada uno de estos estilos, el democrático, el autoritario, el permisivo y el indiferente ejerce una influencia singular en el desarrollo emocional y la autoestima de los hijos. El democrático promueve la afectividad y la firmeza en normas razonadas, favoreciendo la autonomía con límites claros y flexibles. En contraste, el autoritario impone reglas sin justificación, priorizando el control sobre las necesidades del niño, limitando la expresión afectiva y enfocándose en el castigo. Por otro lado, el estilo permisivo brinda afecto y libertad, pero con pocas expectativas y supervisión, mientras que el indiferente-negligente muestra escaso afecto y control, dejando a los niños desatendidos y con normas incoherentes. Cada estilo de crianza parental impacta en cómo los hijos desarrollan su autoestima y crecen. Aquellos criados en ambientes democráticos tienden a exhibir competencia social, autoestima elevada y capacidad de autocontrol. Por el contrario, los hijos de padres permisivos muestran alegría y creatividad pero cierta inmadurez y dependencia, y aquellos de padres autoritarios reflejan menor autoestima y dificultades para la iniciativa personal. Los niños de padres negligentes, presentan un perfil más problemático, con falta de autoestima y dificultades en las relaciones interpersonales (Maccoby y Martin, 1983).

La relación entre padres e hijos es esencial en el desarrollo infantil, representando su primer y más influyente entorno social. Desde temprana edad, los niños observan y emulan activamente el comportamiento de sus progenitores, utilizando estas observaciones como modelos para entender y navegar por el mundo que los rodea. Este proceso de imitación no solo refleja la búsqueda natural de identidad y pertenencia, sino también la necesidad innata de conexión emocional y seguridad. A medida que internalizan los comportamientos parentales, los niños absorben valores, actitudes y creencias que moldean su visión del mundo y su autoconcepto.

Los niños consideran a sus padres como figuras de autoridad y seguridad, ansiosos por ganar su aprobación y afecto al imitar sus acciones. Esta imitación no solo busca validación emocional, sino también fortalecer el vínculo emocional entre padres e hijos. Por ello, es fundamental que los progenitores reconozcan la importancia de priorizar este vínculo, incluso en situaciones de estrés o conflicto conyugal. Mantener un ambiente familiar seguro y amoroso es crucial para mitigar los efectos adversos de las dificultades conyugales en el desarrollo emocional y psicológico de los niños.

Cada estilo parental tiene un impacto diferente en el desarrollo y el bienestar de los niños, influenciando aspectos como la autoestima, la competencia social y la capacidad de autorregulación emocional. Estos impactos están estrechamente ligados a los roles familiares,

los cuales, en su dinámica cambiante, se relacionan con las expectativas de los adultos sobre el comportamiento de los niños. Además, estos roles tienen el potencial de influir significativamente en la forma en que los niños se comportan y se relacionan con el entorno familiar. La autoridad en la familia no solo se basa en el reconocimiento del poder y la función de protección y cuidado asumida por los padres hacia los hijos, como señalan Medina, Comellas, Chico & Otros (1990) y Ariza & De Oliveira (1999), sino que también se ve moldeada por la interacción entre los estilos parentales y la adaptación de estos roles a medida que evolucionan las necesidades y circunstancias familiares. La corriente actual sigue reconociendo esta naturaleza mediadora y bidireccional, lo que implica que las prácticas de crianza parental son tanto la causa como la consecuencia de los diversos desafíos en el desarrollo de los niños (Palacios, 1999; Tur, Mestre y del Barrio, 2004).

En resumen, un modelo educativo parental efectivo se fundamenta en la combinación adecuada de afecto, comunicación y apoyo, junto con control, exigencia y disciplina. Este equilibrio es esencial para promover un buen ajuste emocional y conductual en los niños. Por lo tanto, la implementación de programas de educación e intervención familiar, como las escuelas de padres, es crucial para promover cambios en las prácticas parentales y mejorar la calidad de las interacciones familiares, creando así un entorno educativo óptimo para el crecimiento y desarrollo de los niños (Franco Nerín, Pérez Nieto & De Dios Pérez, 2014). La familia desempeña un papel crucial en la socialización y el aprendizaje de los niños, los roles, las expectativas y la autoridad en la familia son elementos que influyen en las relaciones familiares y en el desarrollo de los hijos.

German Casetta (2012), en su investigación sobre vínculos parentales, destaca la variabilidad en la calidad de estos lazos. Un vínculo saludable se caracteriza por la cercanía emocional, la confianza y la capacidad de comunicación abierta. Por el contrario, un vínculo problemático puede manifestarse con distancia emocional, falta de comunicación o dificultad para conectar genuinamente.

Jaques Alain Miller (2003), desde una perspectiva psicoanalítica plantea distintos modelos de relación de pareja, concebidos como patrones subyacentes que influyen en la dinámica amorosa. Estos modelos representan cinco arquetipos distintos que inciden en la conformación de las relaciones sentimentales contemporáneas. El primer modelo, la elección narcisista, implica la selección del compañero basada en similitudes con uno mismo, reflejando un amor dirigido hacia la propia imagen. Por otro lado, el modelo imaginario-simbólico introduce la influencia de la identificación con figuras parentales en la elección de pareja, estableciendo una conexión edípica que fortalece la relación. Asimismo, el modelo fantasmático revela la importancia de los deseos inconscientes y las fantasías

sexuales compartidas en la formación del vínculo amoroso, mientras que el modelo sintomático subraya cómo ciertos rasgos del compañero pueden transformarse en aspectos problemáticos, generando un apego a pesar de las dificultades. Finalmente, la dimensión del amor como quinto modelo enfatiza la capacidad de la pareja para trascender las limitaciones individuales y encontrar en el otro una fuente de completitud y comprensión, incluso ante las adversidades. Estos modelos ofrecen una visión multifacética de las relaciones de pareja, destacando la complejidad y la riqueza de las interacciones emocionales en el ámbito amoroso.

La comprensión de los modelos de relación de pareja también arroja luz sobre las interacciones parentales y su impacto en la crianza de los hijos. Los patrones identificados en las relaciones amorosas pueden replicarse en las relaciones parentales, influenciando la forma en que los padres interactúan con sus hijos y cómo estos perciben las dinámicas familiares. Por ejemplo, un padre que experimenta una elección narcisista en su pareja puede tender a proyectar estas tendencias hacia sus hijos, enfocándose en sus propias necesidades y deseos en lugar de considerar el bienestar del niño. Del mismo modo, los modelos imaginarios-simbólicos pueden manifestarse en la manera en que los padres buscan identificar a sus hijos con ellos mismos o con figuras parentales, influyendo en la construcción de la identidad infantil. Los modelos fantasmáticos y sintomáticos pueden impactar la forma en que se establecen los límites y se manejan los conflictos en la familia, mientras que la dimensión del amor puede influir en la capacidad de los padres para mostrar empatía y afecto hacia sus hijos. En resumen, los modelos de relación de pareja proporcionan un marco conceptual para comprender las dinámicas familiares en su totalidad, lo que permite explorar cómo las experiencias amorosas de los padres pueden afectar la crianza y el desarrollo de los hijos.

La integración de las ideas de Pichón-Riviére (1956-57) y los modelos de relación de Jaques Alain Miller (2003) proporcionan una visión holística de cómo el pasado influye en las relaciones amorosas contemporáneas. Pichón-Riviere (1956-57) sugiere que, de manera inconsciente, repetimos patrones de comportamiento aprendidos en experiencias previas, mientras que los modelos de Miller (2003) ofrecen una estructura conceptual para comprender cómo estas experiencias pasadas moldean la elección de pareja y la dinámica amorosa actual. Por lo tanto, se puede entender que las interacciones pasadas no solo impactan las respuestas futuras de forma inconsciente, como plantea Pichón-Riviere (1956-57), sino que también influyen conscientemente en la forma en que se percibe y se relacionan las parejas, según los modelos propuestos por Miller (2003). Además, al considerar la teoría del apego de Bowlby (1990), se fortalece aún más la comprensión de cómo el pasado influye en las relaciones amorosas actuales. Esta combinación de enfoques permite apreciar la complejidad

y la profundidad de las relaciones, reconociendo tanto la influencia consciente e inconsciente del pasado en la vida afectiva.

3.2 Identificación e influencia de los vínculos parentales en la autoestima

Según la definición proporcionada por el Diccionario Conciso de Medicina Moderna McGraw-Hill Companies (2002, citado en Spearks, 2019), una familia disfuncional se define como aquella que experimenta una serie de conflictos internos o externos que impactan adversamente en las necesidades fundamentales de su unidad. Este concepto constituye un elemento crucial en el análisis de la interacción familiar y sus repercusiones en el desarrollo infantil.

La crianza de los hijos es un terreno de interacción dinámica, donde distintos enfoques parentales modelan el desarrollo y la autoestima de los niños. Se identifican tres categorías parentales: los tradicionales, modernos y paradójicos, cada uno con sus ideas y prácticas específicas en la crianza. Los padres modernos destacan por su visión optimista del desarrollo, mientras que los tradicionales tienden a adoptar estrategias coercitivas y mantienen roles estereotipados de género. En cambio, los paradójicos presentan ideas contradictorias, fluctuando entre lo moderno y lo tradicional, y el nivel educativo de los padres se erige como un predictor clave en estas perspectivas. (Palacios, 1987; Palacios y Moreno, 1994; Palacios, Moreno e Hidalgo, 1998).

Esta influencia de la crianza parental se entrelaza de manera significativa con el fenómeno de la disfunción familiar. La difusión familiar, como fenómeno complejo y multifacético, impacta de manera diversa en la autoestima y la confianza en sí mismos. Los niños criados en ambientes disfuncionales pueden experimentar una combinación de estilos parentales extremos, lo que agrava los efectos negativos en su desarrollo. Tal como apunta Faller (2019), las dinámicas disfuncionales dentro del núcleo familiar pueden ser un obstáculo significativo para la adaptación social y biológica de los menores, influyendo de manera directa en su personalidad y en diversos aspectos de su vida. Además, Spearks (2019) destaca el impacto de la crianza en entornos tóxicos, señalando cómo los niños suelen desarrollar mecanismos de supervivencia que moldean su forma de enfrentar la vida y sus relaciones interpersonales, como lo evidencia su investigación.

Las familias disfuncionales, según la investigación de Rivadeneira y Trelles (2013), exhiben una serie de atributos distintivos que las separan de los entornos familiares saludables. Entre estos se encuentran la carencia de empatía, comprensión y sensibilidad emocional, la negación de comportamientos abusivos, la falta de respeto hacia los límites y la libertad de expresión, así como la presencia de concepciones erróneas dentro de la dinámica familiar.

La disfuncionalidad familiar puede tener diversas causas y está vinculada a varios factores, como señalan Yáñez y Franco (2013). Entre las características que pueden identificar a dichas familias se encuentran la negación, problemas psicológicos, abuso y adicción, entre otros. Estas dinámicas disfuncionales suelen manifestarse a través de comportamientos inadecuados e inmaduros entre los padres, lo que se refleja en conflictos, conductas problemáticas, abusos y falta de respeto, entre otros aspectos. A menudo están atrapadas en roles y patrones de comportamiento muy rígidos que dificultan su adaptabilidad a los cambios. Esta rigidez puede llevar a que enfrenten las crisis con resistencia, en lugar de buscar formas flexibles de resolver los problemas, lo que a su vez puede profundizar y enraizar más los conflictos familiares, impactando a todos sus miembros.

El impacto de crecer en una familia disfuncional no debe subestimarse, ya que puede tener consecuencias graves para los niños. A pesar de su prevalencia, muchas de estas dinámicas disfuncionales pasan desapercibidas. Características como la manipulación emocional, problemas de comunicación, falta de empatía, dependencia y otros problemas de comportamiento son señales que pueden apuntar hacia una disfunción familiar, como lo destaca Sánchez (2016). Estos patrones pueden influir significativamente en la forma en que los niños crecen, se desarrollan y se relacionan con los demás, y a menudo tienen repercusiones a largo plazo en su vida adulta.

Berenstein (2000) plantea que en dinámicas familiares disfuncionales, los roles preestablecidos y las expectativas rígidas pueden fomentar una relación de objeto en la que los miembros de la familia sean percibidos y tratados como objetos para satisfacer necesidades emocionales individuales. Esta conceptualización se alinea con la noción de objeto externo en la teoría psicoanalítica, donde los individuos proyectan sus propias necesidades y deseos en otros, sin considerar su propia subjetividad. En tales dinámicas, los padres pueden ejercer un control excesivo sobre los hijos, esperando que estos se ajusten a roles específicos o expectativas idealizadas, sin tener en cuenta las necesidades y deseos auténticos del niño como individuo. Este proceso puede llevar a una internalización de roles disfuncionales y a la perpetuación de patrones poco saludables de relación de objeto, donde los miembros de la familia son valorados principalmente por su utilidad para satisfacer las necesidades emocionales de los demás.

Muñoz (2014) citado en Cuenca (2018) identifica cinco tipos de caracterización para las familias disfuncionales, incluyendo la disfuncionalidad por adicciones, que puede impactar negativamente en todos los miembros de la familia, generando deterioro en las relaciones, negligencia de responsabilidades e inestabilidad económica, y moldear comportamiento negativos en los hijos. Por otro lado, la disfuncionalidad causada por la violencia, cuando uno

o ambos padres recurren al maltrato físico, psicológico o sexual como método de control, también tiene efectos graves en los niños, provocando traumas emocionales, estrés crónico y un entorno inseguro que afecta su desarrollo emocional y psicológico, lo que puede llevar a patrones de comportamiento agresivo o a la internalización de la violencia como un patrón aceptable en las relaciones. Meléndez y Zambrano (2022), por su parte, destacan que la interacción durante la primera etapa de vida y el entorno familiar son determinantes en las conductas violentas de los niños, enfatizando el papel esencial de la familia en su socialización y su potencial como influencia en la adopción de comportamientos agresivos ante la presencia de un ambiente familiar marcado por amenazas, abandono, insultos, gritos y castigos injustificados.

La dinámica de una relación abusiva entre padres tiene ramificaciones significativas en los hijos. La exposición a un entorno de abuso puede dejar una profunda huella en su desarrollo emocional, psicológico y social. Los efectos pueden manifestarse de diversas maneras, y su impacto depende de la gravedad y la persistencia del abuso, así como de la capacidad de los padres para gestionar la situación. Los menores expuestos a violencia doméstica entre sus progenitores o como víctimas directas de maltrato experimentan un grave trauma emocional y psicológico. Este trauma se refleja en la manifestación de ansiedad, depresión, trastorno de estrés postraumático y otros trastornos mentales (Cuenca, 2018).

Uno de los impactos más notables es el trauma y el estrés crónico que experimentan los niños en un entorno abusivo. Este estrés constante puede tener efectos adversos en su bienestar emocional, generando sentimientos de ansiedad, miedo y desequilibrio psicológico. Además, al presenciar comportamientos abusivos entre sus padres, pueden internalizar estas conductas como normales, lo que influye en la forma en que conciben las relaciones y puede perpetuar un ciclo de violencia en su vida adulta.

La exposición al maltrato entre los padres puede afectar el autoestima y el autoconcepto de los niños, generando sentimientos de confusión, culpa o vergüenza que impactan su percepción personal. Este fenómeno puede obstaculizar la capacidad de establecer relaciones saludables en el futuro. Además, el comportamiento de los niños puede verse influenciado, manifestándose en conductas agresivas como mecanismo de afrontamiento o en la retracción y pasividad frente al estrés y la tensión del ambiente familiar. Estos patrones de comportamiento aprendidos en el hogar pueden reflejarse en sus interacciones sociales y su forma de resolver conflictos. Además, el rendimiento académico y las relaciones sociales pueden verse comprometidos, dado que la energía y la atención de los niños pueden desviarse hacia la situación en el hogar, afectando su desempeño escolar y su capacidad para relacionarse con sus pares. Según Clifford (2007) citado por Delgado y Barcia

(2020), el desarrollo saludable de los niños provenientes de familias disfuncionales se ve restringido, lo que puede generar sentimientos de responsabilidad, angustia emocional y falta de confianza en sí mismos, con consecuencias significativas para su bienestar y desarrollo.

La teoría del aprendizaje observacional de Bandura (1987), señala que los comportamientos agresivos surgen a partir de la imitación de otros individuos, especialmente en el entorno familiar y social. Según esta perspectiva, la agresividad en los niños se origina como una conducta aprendida en un ambiente hogareño con relaciones intrafamiliares demandantes. Sumándose en esta línea, pensadores como Miller y Dollard (1941), quienes consolidan la idea de la imitación como un comportamiento humano innato, donde las conductas violentas observadas se replican. Por ende, cuando los niños crecen en un entorno familiar disfuncional caracterizado por la violencia, tienden a manifestar altos niveles de agresividad desde temprana edad. A medida que crecen, estos patrones de comportamiento pueden desencadenar serios problemas de adaptación en la adolescencia y la adultez, incluyendo conductas antisociales como adicciones, dificultades laborales y familiares.

Investigaciones adicionales han examinado la conexión entre la calidad del entorno familiar y la manifestación de ansiedad en niños y adolescentes (Jadue, 2003). Se ha observado que un entorno familiar disfuncional, caracterizado por conflictos conyugales, sobreprotección, comportamiento autoritario, relaciones afectivas hostiles, falta de afecto y percepción negativa de la crianza, crea condiciones propicias para el desarrollo de la ansiedad en los niños. Este fenómeno representa un desafío significativo para el proceso de aprendizaje (Newcomb, Mineka, Zinbar y Griffith, 2007).

Es crucial destacar que no todos los niños reaccionan de la misma manera frente a esta situación. Algunos pueden desarrollar resiliencia y encontrar formas saludables de afrontar el abuso. Sin embargo, abordar el problema de la violencia doméstica es esencial para proteger a los niños, ofrecerles apoyo y recursos para superar los desafíos asociados y brindarles un entorno seguro y propicio para su desarrollo saludable.

Un tercer tipo de disfuncionalidad se observa ante la presencia de explotación o abuso, en este caso se origina cuando uno de los padres o ambos trata a los hijos como si fueran un objeto (Muñoz, 2014, citado en Cuenca, 2018). Según esta perspectiva, el desarrollo saludable de los niños puede verse afectado al ser tratados como posesiones, lo que limita su libertad, individualidad ni independencia. Esta situación puede manifestarse de manera similar a la disfuncionalidad previamente mencionada causada por la violencia. , lo cual puede tener un impacto perjudicial en los niños y adolescentes, quienes se encuentran en estado de vulnerabilidad y dependen de sus padres o cuidadores para su desarrollo. Entre ellas se incluyen la pérdida de autonomía y el desarrollo de la identidad, lo que puede llevarles

a experimentar sentimientos de impotencia, baja autoestima, ansiedad, depresión y otros trastornos emocionales.

La disfuncionalidad por abandono abarca no solo la ausencia física de uno o ambos padres, sino también situaciones donde, aunque presentes en el hogar, los padres pueden estar ausentes por razones laborales, académicas o por sentirse incapaces de proveer los cuidados básicos (Muñoz, 2014, citado en Cuenca, 2018). Este tipo de disfuncionalidad ejerce un impacto significativo en el desarrollo de niños y adolescentes, generando una serie de implicaciones profundas. El abandono, sea emocional o físico, puede desencadenar sentimientos de rechazo y aislamiento en ellos, minando su confianza y dificultando la formación de relaciones saludables. Asimismo, compromete su rendimiento académico y emocional, al carecer del soporte necesario para gestionar sus emociones y establecer una estructura en sus vidas. La ausencia de cuidados básicos y apoyo emocional puede conducir a comportamientos problemáticos como forma de búsqueda de atención, llevándolos a aislarse socialmente.

Desde una perspectiva psicoanalítica, Berenstein (2000) considera la relación de objeto y la ausencia del otro como elementos que juegan un papel crucial en la formación de la identidad y las dinámicas familiares. Esta relación implica la proyección de aspectos de la propia identidad en otros, mientras que la ausencia emocional o física de figuras parentales significativas puede llevar a la asunción de roles en su ausencia. La fantasía inconsciente y diurna del Yo recubre al otro, asimilando aspectos similares y diferenciando lo diferente, lo que contribuye a la comprensión de uno mismo como individuo único. La ausencia del sujeto materno o paterno puede resultar en la búsqueda de compensación mediante la asunción de roles para llenar el vacío dejado por estas figuras fundamentales.

En una dinámica familiar disfuncional, estos procesos pueden intensificarse y distorsionarse. La proyección de aspectos de la propia identidad en otros puede ser más problemática, resultando en la asignación de roles inapropiados o negativos a los miembros de la familia. La ausencia emocional o física de figuras parentales significativas puede ser más pronunciada, llevando a una mayor presión sobre los hijos asumir responsabilidades que exceden su capacidad o edad. Esta falta de límites claros y la dificultad para establecer relaciones saludables pueden contribuir a una dinámica de relación de objeto poco saludable, donde los hijos buscan satisfacer las necesidades emocionales de los padres a expensas de su propia individualidad. Como resultado, el desarrollo de la identidad individual se ve afectado negativamente, ya que los hijos tienen dificultades para diferenciarse de los padres y establecer límites saludables en sus relaciones interpersonales.

El último tipo de disfuncionalidad, según Muñoz (2014) citado en Cuenca (2018), se refiere a la inadecuada relación entre los padres, caracterizada por conflicto y presión excesiva sobre los hijos, generando un ambiente poco saludable en el hogar. Esta situación, común en muchos hogares disfuncionales, puede impactar significativamente la vida y el bienestar de los niños y adolescentes. La tensión y la hostilidad resultantes pueden provocar ansiedad y estrés, pudiendo internalizar patrones negativos de comportamiento. La convivencia en este ambiente estresante puede privar a los jóvenes de un espacio seguro en su hogar, afectando su capacidad para adaptarse a cambios familiares significativos. Además, estas relaciones inadecuadas influyen negativamente en el bienestar emocional de los jóvenes y en su habilidad para establecer relaciones saludables en el futuro.

Estos tipos de disfuncionalidad resaltan cómo la disfuncionalidad en la familia, ya sea por adicciones, violencia y explotación o abuso, afecta significativamente a los niños. Las consecuencias pueden manifestarse en la salud física y mental y ocasionar traumas emocionales, dificultades académicas, deterioro de las relaciones, inestabilidad económica y en el aprendizaje de comportamientos nocivos.

La investigación sobre la identificación de vínculos parentales disfuncionales aborda las distintas ideologías y teorías que rigen el desarrollo y la educación infantil. Palacios (1987), desde el Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación en la Universidad de Sevilla, ha categorizado a los padres en tres grupos: los tradicionales, los modernos y los paradójicos (Palacios, 1987; Palacios y Moreno, 1994; Palacios, Moreno e Hidalgo, 1998). Estos grupos se definen por sus perspectivas en torno al desarrollo y la crianza de sus hijos.

Los padres tradicionales, en contraste con los modernos, sostienen una visión innata del desarrollo, creen tener una influencia limitada en el crecimiento de sus hijos y mantienen expectativas pesimistas. Prefieren estrategias coercitivas en la educación y conservan valores estereotipados de género. Los padres modernos, por otro lado, ven el desarrollo como una combinación de factores genéticos y ambientales, se perciben como agentes influyentes en el crecimiento de sus hijos, mantienen expectativas optimistas y buscan estrategias educativas basadas en el diálogo y la explicación. Entre estos extremos, se encuentran los padres paradójicos, quienes presentan ideas contradictorias y combinan enfoques de los dos grupos anteriores.

Ortiz, Fuentes y López (1999) enfatizan que la seguridad en el vínculo afectivo entre padres e hijos es crucial, siendo determinada por la capacidad de los padres para interpretar y responder adecuadamente a las señales del niño. Diversos tipos de apego (ansioso-ambivalente, evitativo, ansioso-desorganizado) reflejan patrones específicos de interacción parental, desde la dificultad para interpretar señales hasta la presencia de

negligencia o maltrato físico en la figura de apego. Estos autores, resaltan la importancia de la relación afectiva entre padres e hijos en la formación de un apego seguro, evidenciando que patrones disfuncionales en esta relación pueden llevar a distintos tipos de apego ansioso o desorganizado. Esto se relaciona estrechamente con la noción general de identificación de vínculos parentales disfuncionales en la medida en que estos patrones de interacción desadaptativos pueden ser resultado de estilos parentales que se desvían de las dinámicas saludables, como las señaladas por Palacios (1998) y otros autores.

La incapacidad de los padres para interpretar o responder de manera coherente a las señales del niño, señalada por Ortiz, Fuentes y López (1999), puede derivar de enfoques parentales tradicionales o paradójicos, donde las expectativas pesimistas, la coerción educativa o las ideas contradictorias interfieren con una conexión efectiva y saludable entre padres e hijos. Estos patrones disfuncionales podrían contribuir a la manifestación de estilos de crianza que no fomentan un desarrollo emocional y social óptimo en los niños.

Según estudios presentados en la temática (Franco Nerín, Pérez Nieto & De Dios Pérez, 2014), se evidencia que la forma en que los padres se disciplinan y muestran afecto impacta significativamente en el comportamiento y el bienestar emocional de sus hijos. Estas investigaciones sugieren que una disciplina más laxa se asocia con una mayor incidencia de hiperactividad, problemas de atención, dificultades para dormir, comportamiento agresivo y habilidades sociales menos desarrolladas. Por otro lado, menos afecto parental se relaciona con más problemas de hiperactividad, atención y menor habilidad social en los hijos, así como en niveles más altos de agresión, retraimiento, ansiedad y depresión. Otros factores, como el compromiso de los padres en la crianza y la distribución de roles parentales, también influyen en el desarrollo de los niños, mostrando que una mayor participación y una distribución más equitativa de responsabilidades están asociadas con un mejor ajuste emocional y menos problemas de comportamiento en los hijos. En conclusión, la forma en que los padres manejan la disciplina, el afecto y otros aspectos de la crianza tiene un impacto profundo en el desarrollo y el bienestar de sus hijos.

Por ello, la labor de los padres debe ir más allá del bienestar emocional y físico, implica también la intervención educativa para modelar comportamientos y actitudes acordes con las normas sociales y culturales. Estas estrategias de socialización comienzan una vez se establecen los lazos afectivos entre padres e hijos, y requieren la adopción de comportamientos que establezcan normas y límites, lo que puede generar tensiones distintas a las presentes en las relaciones de apego (Palacios y Moreno, 1994; Rodrigo y Palacios, 1998; Sorribles y García, 1996).

3.3 Consecuencias de vínculos parentales disfuncionales

La influencia de los vínculos parentales disfuncionales se manifiesta de manera significativa en el desarrollo emocional y psicológico de los niños. El impacto a largo plazo de las dinámicas disfuncionales en el desarrollo socioemocional y cognitivo de los niños puede ser profundo y duradero. Los niños expuestos a entornos familiares disfuncionales pueden experimentar una amplia gama de consecuencias, que van desde dificultades emocionales como la depresión, la ansiedad y los trastornos de estrés postraumático, hasta desafíos cognitivos como el bajo rendimiento académico y la falta de habilidades de resolución de problemas. Además, estas experiencias pueden influir en la capacidad de los niños para regular sus emociones, establecer relaciones saludables y mantener un sentido de bienestar general en la vida adulta. El estrés crónico asociado con las dinámicas disfuncionales también puede afectar la salud física, aumentando el riesgo de enfermedades crónicas como la diabetes, enfermedades cardíacas y trastornos autoinmunes (Nakazawa, 2020).

Pichón-Riviére (1956-57) proporciona un marco teórico para entender cómo la despersonalización y la falta de límites claros en las relaciones familiares pueden afectar la salud mental infantil. Desde esta perspectiva, la despersonalización se considera un fenómeno en el cual los individuos niegan el vínculo con otros, buscando evitar compromisos y preservar su identidad. Este fenómeno puede manifestarse cuando los padres o cuidadores no permiten que los niños desarrollen una identidad independiente y, en cambio, depositan en ellos expectativas poco realistas o imponen roles predefinidos, limitando así su libertad de elección y obstaculizando el desarrollo de una identidad autónoma. Esta dinámica contribuye a la ambivalencia emocional en los hijos, generando un conflicto interno entre el amor y el odio hacia los padres. Por ende, la despersonalización en los vínculos parentales disfuncionales tiene un impacto directo en la capacidad de los hijos para desarrollar una identidad propia y establecer límites saludables en sus relaciones futuras.

Esta perspectiva sostiene que un vínculo es considerado normal cuando ambas partes tienen la libertad de elegirlo, manteniendo una diferenciación saludable. Sin embargo, en el caso de familias disfuncionales, se observa un entrecruzamiento de depositaciones que dificulta el reconocimiento de lo propio, generando límites borrosos, como en el caso de la "relación simbiótica". Este enlazamiento de depositaciones contribuye a la ambivalencia, donde el niño deposita partes internas en la madre y viceversa, dando lugar a sentimientos de amor y odio simultáneos. La culpa, como complicación de esta ambivalencia, se manifiesta como un dolor moral que afecta la construcción de la identidad y la percepción de vínculos. Asimismo, explora la asunción de roles en las relaciones, ya sea de manera consciente o inconsciente. La elección voluntaria de roles se considera un proceso consciente, mientras que la asunción inconsciente puede estar influenciada por patrones arraigados. Esta

comprensión de los roles, según Pichón-Riviere (1956-57), permite una mayor autoconciencia en las interacciones sociales.

Bion (1967) señala que la identidad del sujeto implica mecanismos como la identificación y la imposición. La identificación se refiere al deseo de ser como el otro, este mecanismo implica que el individuo internaliza ciertos aspectos o características de otra persona, especialmente de los cuidadores en la infancia, como parte de su proceso de formación de la identidad. Mientras que la imposición se refiere a la expectativa de que el otro sea como uno, el individuo proyecta sus propias expectativas, deseos o características sobre los demás, especialmente en situaciones de poder o autoridad. Ambos mecanismos son fundamentales en la construcción de la identidad, ya que establecen las bases para la interacción con los demás y para la formación de las relaciones sociales.

Desde una perspectiva más amplia, se reconoce que las experiencias sociales desempeñan un papel crucial en la modificación de las pautas de conducta genéticamente determinadas. Cheek y Buss (1981) y Bandura (1987) destacan el papel del aprendizaje social, particularmente a través de la observación de modelos, en la adquisición de comportamientos. Esto sugiere que los padres con rasgos extrovertidos pueden influir en el desarrollo de conductas socialmente exitosas en hijos más tímidos, y viceversa. Además, según Echeburúa (1993), el sentimiento de rechazo por parte de los compañeros o la presencia de enfermedades que afecten la imagen física pueden tener un impacto significativo en el origen y mantenimiento de la timidez. La falta de adaptación y la imposición de roles en familias disfuncionales, como mencionan Bandura (1987) y Echeburúa (1993), dificulta que los hijos reconozcan lo que es suyo, generando conflictos emocionales y limitando su autonomía.

La falta de vivencias sociales, identificada como una causa relevante para el desarrollo de la timidez, según Gray (1993), pueden perturbar el desarrollo normal de la expresión emocional, afectando así el comportamiento de los niños. Rosenbaum et al. (1991) subraya la correlación entre altos niveles de ansiedad interpersonal en los padres y la manifestación de conductas tímidas en los hijos, destacando la influencia directa del entorno familiar en el desarrollo de la timidez. En este sentido, se evidencia que tanto la despersonalización de los vínculos parentales como las experiencias sociales juegan un papel fundamental en la configuración de la personalidad y el comportamiento de los individuos.

En consonancia con respecto al desarrollo psicosocial de los niños, cabe destacar cómo el análisis de las experiencias sociales y el entorno familiar entrelaza sus hilos con la previa reflexión acerca de la rigidez de roles en familias disfuncionales. Al explorar la falta de vivencias sociales como una influencia significativa en el desarrollo de la timidez, tal como plantea Gray (1993), se obtiene una comprensión más profunda sobre cómo las interacciones

y conexiones fuera del ámbito familiar impactan en la expresión emocional y, por ende, en el comportamiento de los niños. De esta manera, se observa un panorama complejo donde la persistencia de roles estáticos en el seno familiar disfuncional se entrecruzan con las vivencias sociales para moldear la identidad y el comportamiento a lo largo del tiempo.

Estos roles estáticos, en el contexto de familias disfuncionales, se observa ante la inadecuada asignación y persistencia de roles, donde se generan procesos de desarrollo prolongados o tardíos, quebrantando su evolución natural a lo largo del tiempo (Carreras, 2016). Esta falta de evolución implica que los roles familiares se mantienen estáticos, lo que dificulta la adaptación de los miembros a nuevas circunstancias y puede generar conflictos (Carreras, 2016; Faller, 2019).

Esta ineficiente asunción de roles en familias disfuncionales afecta directamente el bienestar de los hijos, bloqueando la convivencia y comprometiendo la adecuada ejecución de los roles parentales (Faller, 2019). La persistencia de roles estáticos en este contexto tiene consecuencias significativas en el desarrollo de los hijos, quienes pueden experimentar un conflicto interno entre el amor y el odio hacia sus padres, ya que los roles no evolucionan adecuadamente con el tiempo (Carreras, 2016; Faller, 2019).

En el ámbito del desarrollo psicosocial, es relevante observar cómo las experiencias sociales y familiares se relacionan con la noción de roles en la familia. Por ejemplo, según Gray (1993), la falta de interacción social puede influir en la timidez de los niños, mientras que Rosenbaum y su equipo (1991) sugieren que la ansiedad de los padres puede influir en el comportamiento tímido de los hijos.

Este fenómeno de la timidez, a su vez, puede verse moldeado por las experiencias primarias en el ámbito familiar, tal como lo postulan Sigmund Freud (1914) y Melanie Klein (1962). El primero de ellos enfatizó la relevancia de la relación entre el niño y sus padres en la conformación de la autoimagen y la autoestima, señalando que los conflictos no resueltos o la carencia de afecto pueden desembocar en una autoimagen desfavorable y una mayor autoconciencia en entornos sociales. Estas dinámicas pueden contribuir al surgimiento de la timidez en la niñez y su persistencia a lo largo de la vida del individuo. Por otro lado, Melanie Klein (1962) amplió la comprensión del desarrollo psicoanalítico al enfocarse en la etapa temprana de la vida del niño, especialmente en la relación con la madre. Klein (1962) sugirió que las experiencias de apego y cuidado en esta etapa son cruciales para el desarrollo emocional del individuo. Una dinámica disfuncional en la relación madre-hijo, caracterizada por la falta de apego seguro o la presencia de ansiedad materna, puede contribuir al desarrollo de la timidez y la ansiedad social en la infancia.

Rivadeneira y Trelles (2013) plantean que las familias disfuncionales pueden tener consecuencias negativas significativas en los hijos, como la falta de empatía, comprensión y sensibilidad, la negación de conductas abusivas, la falta de respeto a los límites y la libertad de expresión, junto con creencias erróneas. Yáñez y Franco (2013) señalan que las causas que conducen a la disfuncionalidad familiar, como la negación, problemas psicológicos, abuso y adicción, también pueden afectar negativamente a los hijos. Este tipo de dinámica disfuncional puede manifestarse en comportamientos inadecuados e inmaduros entre los padres, lo que se traduce en conflictos, malas conductas, abuso e irrespeto, entre otros aspectos, y tener un impacto directo en la salud mental y emocional de los hijos.

Los roles y patrones de comportamiento excesivamente inflexibles en familias disfuncionales pueden influir en la manera en que los hijos perciben las relaciones interpersonales y enfrentan los desafíos emocionales. Estos patrones de comportamiento rígidos dificultan la adaptación a los cambios y pueden llevar a respuestas inflexibles y resistentes ante las crisis, lo que perpetúa los problemas familiares y aumenta la angustia emocional de los hijos. Es importante destacar que, aunque los niños pueden no ser conscientes de los problemas familiares, estos problemas pueden afectar su bienestar emocional y psicológico.

Cuando los padres están inmersos en una dinámica familiar disfuncional, los hijos pueden enfrentarse a una serie de desafíos emocionales y psicológicos. La exposición a comportamientos inadecuados, conflictos, abuso e irrespeto puede afectar negativamente la autoestima y salud mental de los hijos. Además, estos niños pueden desarrollar dificultades en las relaciones interpersonales (Sánchez, 2016). La falta de modelos positivos de relacionamiento y comunicación en el hogar puede influir en la forma en que los niños desarrollan habilidades sociales y manejan conflictos en sus propias vidas.

Spearks (2019) identifica una serie de efectos inmediatos inherentes a la pertenencia a una familia disfuncional. Entre ellos se destacan el aislamiento social, el desarrollo de trastornos de salud mental, el trastorno de estrés postraumático infantil, la autocrítica exacerbada, la baja autoestima, desajustes conductuales y la incapacidad para articular pensamientos o emociones. La exposición a tales condiciones familiares puede llevar al niño a desarrollar un patrón de respuesta cerebral poco saludable frente a factores estresantes, manteniendo el sistema nervioso en un estado de alerta constante, preparado para la huida o lucha en respuesta al entorno. Esta activación puede persistir incluso después de abandonar el entorno familiar disfuncional, afectando la vida futura del individuo.

Cuando un niño crece en un entorno caracterizado por conflictos, críticas constantes o falta de apoyo emocional, es probable que desarrolle una autoconciencia que se centre en

aspectos negativos de sí mismo. Por ejemplo, puede empezar a cuestionar su valía, sentirse inseguro sobre sus habilidades y capacidades, o percibirse como indigno de amor y de aceptación. Esta autoconciencia negativa puede surgir como resultado de la internalización de mensajes críticos o despectivos recibidos de los padres o cuidadores en el hogar. La autoconciencia en el contexto de una dinámica disfuncional en el hogar puede llevar al niño a ser más consciente de sus emociones y pensamientos internos, incluyendo la ansiedad, el miedo al rechazo y la preocupación por el juicio de los demás. Esta autoconciencia exacerbada puede generar ansiedad social y dificultades para relacionarse con los demás en entornos sociales, ya que el niño puede temer ser juzgado o rechazado por los demás.

Estos hallazgos subrayan la importancia crítica de comprender cómo la dinámica familiar puede influir en la autoconciencia y el bienestar emocional de los niños. A través de un entendimiento más profundo de estos procesos, podemos desarrollar estrategias efectivas para apoyar a los niños que enfrentan desafíos en el hogar y promover entornos familiares más saludables y enriquecedores para su desarrollo.

3.4 Estrategias para fomentar vínculos saludables y apoyo

La importancia de las relaciones parentales en el desarrollo emocional y psicológico ha sido ampliamente estudiada por diversos autores. Pichón-Riviére (1956-57) ha profundizado en el papel fundamental de estos vínculos en la formación de la identidad, las habilidades sociales y las respuestas emocionales a lo largo del ciclo vital. Estas relaciones ejercen una influencia significativa en múltiples aspectos del individuo a lo largo de su vida. Por otro lado, Moreno (2000) ha enfatizado cómo el modo en que los padres interactúan con sus hijos puede moldear su autoestima y percepción de sí mismos. Un entorno familiar que ofrece un sostén emocional adecuado puede fomentar una imagen positiva de uno mismo, mientras que la exposición constante a críticas puede tener consecuencias negativas.

En el seno de la familia, se establecen relaciones interpersonales profundas y estables desde las primeras etapas de la vida. Los lazos afectivos, especialmente el vínculo con los padres, son esenciales para el desarrollo infantil, sobre todo en los primeros años. Estas relaciones no solo proporcionan afecto y seguridad, sino que también sirven como modelos de comportamiento y relaciones sociales para los niños. El apego con los padres no solo cumple una función adaptativa para el niño, sino que también contribuye a la cohesión y estabilidad del sistema familiar en su conjunto, siendo un pilar fundamental para la supervivencia y el bienestar de la familia. Además, este vínculo afectivo facilita el desarrollo de una sensación primordial de confianza y seguridad en la relación, lo que permite al niño explorar su entorno y enfrentar de manera más segura las separaciones breves de sus progenitores. Este apego

también actúa como un modelo interno de relaciones, influyendo en las interacciones sociales y afectivas futuras de los individuos (López y Ortiz, 1999; Ortiz, Fuentes y López, 1999).

La regulación emocional, tal como plantean Ortiz, Fuentes y López (1999), se ve directamente influenciada por la dinámica con los padres. Un apoyo emocional sólido durante la infancia promueve habilidades para gestionar el estrés y regular las emociones negativas, mientras que experiencias adversas pueden obstaculizar este desarrollo emocional. Bronfenbrenner (1987) por su parte, ha explorado cómo las relaciones padres-hijos moldean la identidad y valores de un individuo. Esta interacción familiar también enseña vínculos saludables, fundamentales para establecer futuras relaciones.

Las estrategias para fomentar un desarrollo emocional saludable se entrelazan intrínsecamente con el anteriormente mencionado enfoque ecológico-sistémico, de Bronfenbrenner (1987). Este enfoque reconoce que el individuo no existe en un vacío, sino que está inmerso en una red compleja de sistemas interconectados. Desde el microsistema familiar hasta las influencias culturales y sociales más amplias, el modelo jerárquico de Bronfenbrenner (1987) proporciona un marco integral para comprender cómo las estrategias de apoyo emocional interactúan en diversos niveles.

La Universidad de Sevilla ha explorado, a través de estudios liderados por Palacios y González (1998) y Palacios, González y Moreno (1987, 1992), la influencia de las perspectivas parentales modernas en el desarrollo infantil. Estos enfoques parentales se vinculan a un estilo interactivo más enriquecedor para el crecimiento de los niños, configurando el entorno familiar de manera más beneficiosa. En paralelo, las investigaciones lideradas por Rodrigo en la Universidad de La Laguna (Acuña y Rodrigo, 1998) destacan el impacto de las madres con teorías constructivistas, similares a las modernas, en la sensibilidad hacia los aprendizajes significativos de los niños, basando sus interacciones en esta visión más elaborada del desarrollo y el rol activo otorgado al niño.

Las concepciones parentales sobre el desarrollo y la educación de los hijos resultan esenciales en la organización de los espacios, actividades y relaciones familiares. Estas ideas, están intrínsecamente ligadas y fuertemente influenciadas por el nivel educativo de los padres, representando una reconstrucción personal de las cogniciones y creencias del entorno cultural familiar (López y Ortiz, 1999; Ortiz, Fuentes y López, 1999).

Dentro de la dinámica familiar, las relaciones afectivas, particularmente el vínculo de apego en la primera infancia, establecen cimientos emocionales significativos, según lo señalado por Moreno (1989), Rodrigo y Palacios (1998), y Williams y Sternberg (2002). Este vínculo no solo brinda seguridad para explorar el entorno, sino que también modela las relaciones sociales y afectivas futuras del niño.

El entorno educativo cotidiano, delineado por aspectos estructurales y materiales, se focaliza en la organización de la vida familiar para el desarrollo infantil, según señalan Bornstein (2002), Bradley y Caldwell (1995), Morrison y Cooney (2002), y Rogoff (1998). Bradley y Caldwell (1995) resaltan la importancia de una moderada estimulación ambiental, evitando tanto la escasez como el exceso de estímulos, subrayando el papel crucial de los padres en esta configuración para optimizar el desarrollo infantil. Sin embargo, más allá de la estimulación, son las actividades y relaciones con personas las que conforman el aspecto central del entorno educativo, tal como argumentan Moreno (1989), Rodrigo y Palacios (1998), y Williams y Sternberg (2002). Estas interacciones, más que los objetos o situaciones, enriquecen el ambiente para el niño.

Los factores protectores de la familia, como la organización familiar, la orientación a alcanzar metas, la tendencia a la religiosidad y la cohesión familiar, están asociados directamente a reducir o eliminar el nivel de agresividad del niño. Asimismo, se plantea que la familia es uno de los elementos más relevantes en la educación de los niños, siendo un modelo a seguir en actitud, disciplina, conducta y valores. En contraposición, la crianza basada en la violencia o el castigo severo no es una estrategia efectiva ni ética. Los enfoques de crianza positiva y comprensiva, centrados en la comunicación, el apoyo emocional y la enseñanza de habilidades sociales y emocionales, son más efectivos para el desarrollo saludable de los niños. Es fundamental que los padres y cuidadores opten por prácticas que fomenten un entorno emocionalmente seguro y propicio para el aprendizaje. Además, se destaca que el modelo de comportamiento que ofrece la familia influye significativamente en el desarrollo de los niños; un entorno marcado por la empatía y la resolución pacífica de conflictos se refleja en el comportamiento de los niños, mientras que la violencia familiar puede perpetuar patrones negativos.

En resumen, la influencia de las dinámicas parentales en el desarrollo emocional y social de los niños es innegable. El énfasis en factores ambientales, la estimulación adecuada, el fomento de expectativas realistas y el apoyo emocional en la familia son claves fundamentales. Además, la búsqueda de un equilibrio entre el cierre y la apertura mental, la adaptación a situaciones nuevas y la comprensión de sistemas interconectados son elementos esenciales para promover un desarrollo saludable en niños y niñas brindado dentro del hogar.

Reflexiones finales

En conclusión, el presente trabajo ha revelado la significativa importancia de abordar y mitigar las dinámicas disfuncionales en el entorno familiar y social, dado su potencial impacto negativo en el proceso de formación y desarrollo emocional de los niños y niñas. A través del

análisis de diversas perspectivas teóricas y evidencia empírica, se ha podido constatar que las dinámicas disfuncionales, ya sea en forma de conflictos familiares, violencia doméstica o carencia de apoyo emocional, pueden generar barreras significativas para el crecimiento integral de los niños, afectando su bienestar psicológico, emocional y cognitivo. La comprensión profunda de estas dinámicas y sus consecuencias resulta fundamental para diseñar intervenciones efectivas que promuevan un entorno propicio para el desarrollo infantil saludable. En este sentido, se resalta la necesidad de políticas públicas y programas de intervención dirigidos a fortalecer la resiliencia familiar, mejorar las habilidades parentales y proporcionar recursos adecuados para el apoyo psicosocial de los niños y sus familias. Solo a través de un enfoque integrado y holístico, centrado en el bienestar infantil y el fortalecimiento de las habilidades parentales, se podrá avanzar y garantizar la construcción de un futuro más prometedor para las sociedades futuras.

Las dinámicas disfuncionales dentro del entorno familiar y social pueden tener raíces profundas y multifacéticas. En muchos casos, estas dinámicas se originan a partir de patrones de crianza heredados, experiencias traumáticas pasadas, o la falta de habilidades de comunicación y resolución de conflictos. Además, factores externos como el estrés económico, la presión social y cultural, así como la falta de acceso a recursos de apoyo, pueden exacerbar estas dinámicas disfuncionales. Es importante reconocer que las causas subyacentes pueden variar ampliamente según el contexto y las circunstancias individuales, pero identificar y comprender estas raíces es crucial para abordar eficazmente el problema.

Como se mencionó a través del trabajo, las relaciones interpersonales y los modelos de comportamiento dentro de la familia juegan un papel fundamental tanto en la perpetuación como en la mitigación de las dinámicas disfuncionales. Por un lado, las interacciones familiares marcadas por la falta de comunicación efectiva, el conflicto constante o la violencia pueden normalizar patrones disfuncionales y transmitirlos de una generación a otra. Los niños tienden a imitar los comportamientos que observan de sus cuidadores, lo que puede conservar ciclos de abuso o conflicto. Por otro lado, las relaciones basadas en el apoyo emocional, la empatía y la resolución constructiva de problemas pueden contrarrestar estos patrones disfuncionales y fomentar un ambiente familiar saludable. Los modelos de comportamiento positivos y las relaciones de apego seguro pueden proporcionar a los niños una base sólida para desarrollar habilidades sociales y emocionales resilientes, ayudándolos a romper el ciclo de la disfunción familiar.

Las dinámicas disfuncionales en el entorno familiar y social pueden ejercer un impacto significativo en la formación de la identidad y el autoconcepto de los niños en desarrollo. La exposición continua a conflictos, abuso o negligencia puede erosionar la confianza en sí

mismos y en los demás, generando sentimientos de inseguridad, ansiedad e incluso culpa. Los niños pueden internalizar los mensajes negativos y los comportamientos disfuncionales como parte de su propia identidad, lo que puede conservar ciclos de disfunción en su vida adulta. La falta de modelos positivos y relaciones estables pueden dificultar aún más el desarrollo de una autoimagen saludable y la capacidad para establecer límites y relaciones interpersonales satisfactorias. En última instancia, estos efectos pueden manifestarse en problemas de salud mental, dificultades académicas y desafíos en la vida adulta.

Abordar las dinámicas disfuncionales en el contexto del desarrollo infantil plantea importantes implicaciones éticas y morales. En primer lugar, surge la cuestión de la responsabilidad colectiva hacia el bienestar de los niños y el papel de la sociedad en la protección de los derechos de los niños. Esto incluye la necesidad de equilibrar los derechos de los padres con el derecho de los niños a crecer en entornos seguros y saludables. Además, es crucial considerar la importancia de respetar la autonomía y la dignidad de las familias, al tiempo que se proporciona el apoyo necesario para abordar las dinámicas disfuncionales de manera efectiva. En última instancia, el abordaje de las dinámicas disfuncionales requiere un enfoque equilibrado que priorice la seguridad y el bienestar de los niños, al tiempo que respeta los derechos y la dignidad de todas las partes involucradas.

Referencias bibliográficas:

- Agudelo, M. E. (2005). Descripción de la dinámica interna de las familias monoparentales, simultáneas, extendidas y compuestas del municipio de Medellín, vinculadas al proyecto de prevención temprana de la agresión. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 3(1).
- Ainsworth, M. D., Blehar, M., Waters, E., & Wall, S. (1978). *Patterns of attachment. A psychological study of the Strange Situation*. Classic edition published 2015 by Psychology Press. Routledge.
- Alexander, T., Roodin, P., & Gorman, B. (1998). *Psicología evolutiva*. Pirámide.
- Arriagada, I. "Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo". CEPAL, Serie Políticas Sociales. 1997. Núm. 21.
- Arévalo, N. (2014). El concepto de familia en el Siglo XXI. Recuperado en: <https://www.minsalud.gov.co:https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/DE/PS/6.%20Min%20Justicia>
- Ariza, M., & Oliveira, O. (1999). Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y el Caribe. Serie Investigación Demográfica México, vol. 4.
- Arés M. P. (1990). *Mi familia es así*. Editorial Ciencias Sociales.
- Bateson, G. (2002). *Espíritu y naturaleza*. Amorrortu.
- Baumrind, D. (1966). Effects of authoritative control on child behavior. *Child Development*, 37, 887-907.
- Baumrind, D. (1968). Authoritarian vs. authoritative parental control. *Adolescence*, 3, 255-272.
- Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology*.
- Baumrind, D. (1991). The influence of parenting style on adolescent competence and substance abuse. *Journal of Early Adolescence*, 11(1), 56-95.
- Berger, P., & Luckmann, T. (1998). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Berenstein, I. (2000). El vínculo y el otro. *Revista de Psicoanálisis*. 57(34), 677-688.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1997). *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*. Paidós.
- Bion, W. (1967). *Volviendo a Pensar*. William Heinemann Medical Books LTD.

- Bradley, R.H. (2002). Environment and parenting. En M.H. Bornstein (Ed.), Handbook of Parenting. Vol. 2. Biology and ecology of parenting (281-314). Erlbaum.
- Bradley, R.H. Y Caldwell, B.M. (1995). Caregiving and the Regulation of Child Growth and Development: Describing Proximal Aspects of Caregiving Systems. *Developmental Review*, 15, 38-85.
- Bosch, E. (2007). Del mito del amor romántico a la violencia contra las mujeres en la pareja. Universidad de les Illes Balears.
- Bowlby, J. (1988). *A Secure Base: Parent-Child Attachment and Healthy Human Development*. Routledge.
- Bowlby, J. (1990). *El vínculo afectivo*. Paidós.
- Bornstein, M.H. (2002). Parenting infants. En M.H. Bornstein (Ed.), Handbook of Parenting. Vol 1. Children and Parenting (3-43). Erlbaum.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Paidós.
- Campbell, J. (1991). *El Poder del Mito*. En diálogo con Bill Moyers. Ediciones Emecé.
- Carreras, A. (2016). Apuntes. Roles, reglas y mitos familiares. Recuperado de: <https://www.avntf-evntf.com/wp-content/uploads/2016/06/Apuntes-Roles-ymitos-Carreras-2014.pdf>
- Casetta, G. H. (2012). La teoría del vínculo como convergencia de saberes en E. Pichon-Riviére *Poiésis*, 12(23).
- CEPAL. (2004) Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces. CEPAL, UNFPA y Naciones Unidas.
- Cheek, J. M., & Buss, A. H. (1981). Shyness and Sociability. *Journal of Personality and Social Psychology*, 41, 330-339.
- Comellas, M. (2011). *Educación en la comunidad y en la familia*. Editorial Nau Libres.
Recuperado de: <https://books.google.com.ec/books?id=ztTdb7VpYtwC&printsec=frontcover&dq=Educación+>
- Delgado, K., & Barcia, M. F. (2020). Familias disfuncionales y su impacto en los estudiantes. *Polo del Conocimiento*, 5 (11), 419-433.
- Di Marco, G. (2005). Relaciones de género y de autoridad. En *Democratización de las familias*. Democratización de las familias. UNICEF.

- Echeburúa, E. (1993). Fobia Social. Martínez Roca.
- Echeburúa, E., Amor, P. J., & Corral, P. (2002). Mujeres maltratadas en convivencia prolongada con el agresor: variables relevantes. *Acción Psicológica*, 1, 135-150.
- Eguiluz, L. L. (2014). Entendiendo la pareja. Pax.
- Faller, P. (2019). ¿Qué es realmente una familia disfuncional?. Recuperado de:
<https://www.poresto.net/yucatan/2019/7/1/que-es-realmente-una-familia-disfuncional-104680.html>
- Franco, S. (1994). Violencia intrafamiliar, cotidianidad oculta. Uryco.
- Franco Nerín, N., Pérez Nieto, M. Á., & De Dios Pérez, M. J. (2014). Relación entre los estilos de crianza parental y el desarrollo de ansiedad y conductas disruptivas en niños de 3 a 6 años. *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*, 1(2), 149-156.
- Freud, S. (1914). Introducción del Narcisismo. En *Obras Completas*. Amorrortu editores.
- García, B. (1998). Dinámica Familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana. En B. Schmukler. (coord). *Familias y relaciones de género en transformación*. 23-52. EDAMEX-Population Council.
- Gimeno, A. (1999). La familia: el desafío de la diversidad. Ariel.
- González, I. (2000). Reflexiones acerca de la salud familiar. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 16(5), 508-512.
- Gray, J. A. (1993). La psicología del miedo y el estrés. Labor.
- Hernández Córdoba, Á. (2001). Familia, ciclo vital y psicoterapia sistémica breve. El Búho.
- Jadue, G. (2003). Transformaciones familiares en Chile: riesgo creciente para el desarrollo emocional, psicosocial y la educación de los hijos. *Estudios Pedagógicos*, 29, 115-26.
- Jelin, E. (1994). Familia, crisis y después. En C. Wainerman, (comp.). *Vivir en familia*. Losada.
- Jung, C. (1962). Simbología del espíritu. FCE.
- Klein, M. (1962). Desarrollos en psicoanálisis. Horme.
- López, F. (1984). La adquisición del rol y la identidad sexual: función de la familia. *Revista Infancia y Aprendizaje*, (26), 65-75.

- López, F., Etchebarria, I., Fuentes, M. J. & Ortiz, M. J. (Eds.) (1999). Desarrollo afectivo y social. Pirámide.
- López, F. & Ortiz, M. J. (1999). El desarrollo del apego durante la infancia. En F. López, I. Etchebarria, M. J. Fuentes & M. J. Ortiz (Eds.), Desarrollo afectivo y social (41-65). Pirámide.
- Nakazawa, D. J. (2020). Infancia Interrumpida. Gaia Ediciones.
- Maccoby, E. E., & Martin, J. A. (1983). Socialization in the context of the family: Parent-Child interaction. En E. M. Hetherington (Ed.) y P. H. Mussen (Series Ed.), Handbook of Child Psychology. Wiley.
- Marín, M., Infante, E., & Rivero, M. (2002). Presiones internas del ámbito laboral y/o familiar como antecedentes del conflicto trabajo-familia. Revista de Psicología Social, 17(1), 103-112.
- Magaña, M. L. (2006). ¿Qué es la comunicación? División de educación continua. Recuperado http://dec.psicol.unam.mx/capsulas/salud%20emocional/7_QUE%20ES%20LA%20COMUNICACION.pdf
- McGraw-Hill Companies. (2002). McGraw-Hill Concise Dictionary of Modern Medicine. The McGraw-Hill Companies, Inc.
- Medina, R., Comellas, M., Chico, P., & Otros. (1990). Tratado de Educación Personalizada: La Educación Personalizada en la Familia. Ediciones Rialp.
- Meléndez, I., & Zambrano, C. (2022). Relación entre el nivel de funcionalidad familiar y conducta violenta en niños. Ciencia América: Revista de Divulgación Científica de la Universidad Tecnológica Indoamérica, 11(1).
- Miller, N., Dollard, J. (1941). Social Learning and Imitation. New Haven: Yale University Press.
- Minuchin, S. (1982). Familia y Terapia familiar. Editorial Gelisa.
- Moreno, M.C. (1989). El ambiente y sus estímulos en el desarrollo del niño. Cuadernos de Pedagogía, 171, 60-62.
- Moreno, M. (2000). Efectos de la diferencia de edad y sexo entre tutor y tutorado en una intervención cognitivo-conductual dirigida a mejorar la autoestima, basada en una estructura de tutoría recíproca. Revista de Investigación Educativa, 18(1), 69-82.

- Moreno, M. C., & Hidalgo, M. V. (1998). Ideologías familiares sobre el desarrollo y la educación infantil. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (181-200). Alianza.
- Morrison, F. J. y Cooney, R.M. (2002). Parenting and academic achievement: multiple paths to early literacy. En J.G. Borkowski, S.L. Ramey y M. Bristol-Power (Eds.), *Parenting and the child's world. Influences on academic, intellectual, and social-emotional development* (141-160) Erlbaum.
- Muñoz, M. L., Gomez, P. A., & Santamaria, C. M. (2008). Pensamientos y sentimientos reportados por los niños ante la separación de sus padres. *Universitas Psychologica*, 7(2), 347-356.
- Newcomb, K., Mineka, S., Zinbarg, R., & Griffith, J. (2007). Perceived Family Environment and Symptoms of Emotional Disorders: The Role of Perceived Control, Attributional Style and Attachment. *Cognition Therapy Research*, 31, 419-436.
- Oliveira, O. de, Eternod, M., & López, P. (1999). Familia y género en el análisis demográfico. En B. García, (coord.). *Mujer, género y población en México*.
- Organización de las Naciones Unidas. (1948). *Declaración Universal de los Derechos Humanos*.
- Organización de las Naciones Unidas. (1989). *Convención sobre los Derechos del Niño*.
- Palacios, J. (1999). La familia y su papel en el desarrollo afectivo y social. En I. Etxebarria, M. J. Fuentes, F. López y M. J. Ortiz. *Desarrollo afectivo y social*. 267-284. Pirámide.
- Papalia, D.E. y Olds, S.W. (1998). *Psicología del desarrollo*. McGraw-Hill.
- Pichón-Riviére, E. (1956-57). *Teoría del vínculo*. Nueva Visión.
- Real Academia Española. (2009). *Diccionario de la lengua española*.
- Rhodes, N.R. y Baranoff, E.C. (1998). Why do battered women stay?: three decades of research. *Aggression and Violent Behavior*, 4, 391-406.
- Rivadeneira, G., & Trelles, L. (2013). Incidencia de las familias disfuncionales en el proceso de la formación integral en los niños de sexto año de educación básica de la Unidad Educativa. Recuperado en:
<https://dspace.ups.edu.ec/bitstream/123456789/6086/1/UPS-CT002821.pdf>
- Rodrigo, M. J. y Palacios, J. (1998). *Familia y desarrollo humano*. Alianza.

- Rodrigo, M.J. y Acuña, M. (1998). El escenario y el currículum educativo familiar. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), Familia y desarrollo humano (261-276). Alianza.
- Rogoff, B. (1998). Cognition as a collaborative process. En W. Damon (Ed. de la serie) y D. Kuhn y R.S. Siegler (Eds. del volumen), Handbook of Child Psychology. Vol. 2. Cognition, perception, and language (679-744).
- Rosenbaum, J.F., Biederman, J., & Hirshfield, D.R. (1991). Further evidence of an association between behavioural inhibition and anxiety disorders: Results from a family study of children from a non-clinical sample. *Journal of Psychiatric Research*, 25, 49-65.
- Salber, P.R. y Taliaferro, E. (2000). Reconocimiento y prevención de la violencia doméstica en el ámbito sanitario. Cedecs.
- Sánchez, E. (1984). Familias rotas y educación de los hijos. Narcea.
- Sánchez J., H. M. (2016). Los estilos de apego en mujeres con y sin violencia conyugal. *Revista de Investigación en Psicología*.
- Sierra, G., Madariaga, C. & Abello, R. (1997). Relación entre la pertenencia a redes sociales y la dinámica familiar de mujeres trabajadoras en condiciones de pobreza. *Psicología desde el Caribe*, (1), 94-113.
- Spearks. (2019). What Is A Dysfunctional Family, And What Is It Like To Grow Up In One?. Recuperado de: <https://www.betterhelp.com/advice/family/dysfunctional-family-what-it-is-and-what-its-like-to-grow-up-in-one/>
- Suárez, P. A., & Vélez, M. (2018). El papel de la familia en el desarrollo social del niño: una mirada desde la afectividad, la comunicación familiar y estilos de educación parental.
- Torres, L. E., Ortega, P., Garrido, A., & Reyes, A. G. (2008). Dinámica familiar en familias con hijos e hijas. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 10(2), 31-56. Universidad Intercontinental.
- Tur, A., Mestre, V., & Del Barrio, V. (2004). Factores moduladores de la conducta agresiva y prosocial. El efecto de los hábitos de crianza en la conducta del adolescente. *Ansiedad y Estrés*, 10,75-88.
- Vygotsky, L.S. (1979). El desarrollo de los procesos psicológicos superiores. Crítica.
- Watzlawick, P. ; Beavin, J. y Jackson, D. (1985). Teoría de La Comunicación Humana. Editorial Herder.

Williams, W.M. y Sternberg, R.J. (2002). How parents can maximize children's cognitive abilities. Handbook of Parenting. Practical issues in parenting (169-194). Erlbaum.

Yáñez, G., & Franco, R. (2013). Hogares disfuncionales y su influencia en la personalidad de los jóvenes en la ciudad de Manta. Recuperado de:

<https://dspace.ups.edu.ec/bitstream/123456789/5435/1/UPS-GT002795.pdf>